F-14814

ÁNGELES VICENTE

TERESILLA

(NOVELA)



MADRID
LIBRERÍA DE PUEYO
10, Mesonero Romanos, 10



Angeles Vicente

A Cándido Elormendi,
mi esposo.

PRÓLOGO

Angeles Vicente de Elormendi es una joven y bella artista que nos envía la América del Sur. Tal vez nació en mediterráneas costas; pero vuelve del mundo en cosmopolita, con el oro del sol de la tierra toda en su rubia cabellera, y con verdes y bravuras de los mares todos en los ojos.

Bella, joven... y artista del esquivo y orgulloso arte de escribir. Gran virtud, ésta. Rara virtud, esta de este arte, en una bella mujer de pelo de oro y de ojos verdes. ¿No te parece, lector filósofo?

Mas por si no te lo parece, así, de pronto, yo trataré de explicarte por qué me lo parece á mí.

***

Tengo mis ideas—que no estoy absolutamente cierto de no habérselas robado á Schopenhäuer—con respecto á eso que entre los adornos de mujer llaman las gentes virtudes. Suponiendo que son piedras, yo llamaría de buena gana, á las virtudes del pudor, de la honestidad, del recogimiento, etc., etc., piedras vulgares, baratas, punto menos ó más que los cantos rodados; y á las virtudes de escribir (hablo siempre refiriéndome á la dama), piedras preciosas.

Efectivamente, cualquiera puede tener en su plenitud de abundancia aquellas virtudes, sin más que estarse quieta. Moderno diccionario de mujer.—HONRA..., *concepto en que la tienen las gentes.*—PUDOR..., *facilidad de ponerse colorada delante de las gentes.*—INOCENCIA..., *sabiduría del no saber nada delante de las gentes...* Pero con todas esas virtudes, claro es, se nace; se las encuentra cada una al lado de la cuna, regalo social de una generosidad semejante á la de la cédula del registro. Perderlas, constituye una contrariedad, como perder la cédula. Tenerlas, sin embargo, ni es tener nada extraordinario, ni implica sino un poco de atención de cuidadosa hacia el fragmento de colectiva virtud que le ha tocado guardar en el reparto. ¿De dónde, pues, la *preciosidad* y la *rareza?* ¿De qué pueden virtudes tales enorgullecer á *una* mujer? ¿No son patrimonio *de todas?*...

Nadie ha visto una tarjeta de dama blasonada así: FULANA DE TAL.—*Honrada.* Como nadie ha visto estas otras: ZUTANA DE CUAL.—*Que no ha matado á nadie*, ó PERENGANA DE CUYO, *que no ha perdido las narices.*

En cambio, ningún adorno cae tan espléndidamente regio sobre el corazón, so-

bre la frente de una mujer, como un collar de esmeraldas de poesía ó como una diadema de brillantes de novela. *Carmen Silva*, con ser reina, vive y vivirá en el alma de Europa, más que como reina, como artista. Yo, cuando menos, y creo que Europa también, me sorprendí sin asombro un día al descubrir que *Jolanda* es marquesa de Plattis, y otro al descubrir que *Gyp* es condesa de Martel. A Europa, como á mí, el resplandor de las coronas y diademas de artista nos había ocultado las coronas de reina y las diademas de marquesa y de condesa.

Rara virtud, la de escribir, en una dama. Virtud, porque es, á la vez que adquisición difícil y preciosa, abnegación, renunciación, adversidad, lucha terrible. No hace una semana que otra joven escritora, Bianca María Canmarano, cuyo último libro *Sull' Arida*, por ejemplo, quisieran para sí muchos famosos literatos, decíame desde Nápoles:—*No se puede figurar con cuánto obstáculo tropieza una*

mujer dedicada á las letras en Italia. Y yo sonreí leyéndolo.—*¡Y en todas partes!*— pensé. Alrededor de la amargura limitada en gentil egoísmo por mi amiga, vi alzarse como un bosque maldito los prejuicios del mundo, la tiranía, con la mujer, de todos los hombres de la tierra. De todos los definidores de la femenina virtud radicada en la ignorancia.

¡La ignorancia!

Ella hace de las mujeres muñecas de virtud... para el mayor agrado de los hombres (Don Juan Tenorio) en sus cacerías de virtuosas. Tal vez la virtud se creó con fin más noble; pero sirve ya hace tiempo para eso..., para eterno encanto de la *escena del sofá*... ¡Ah!, si Inés se levantase de pronto diciendo: *¡Mira Juan, no seas estúpido, déjate de barcas de pescador y carga conmigo cuando quieras..., que soy* IGUAL QUE TÚ *de libertina!*... Menuda silba la que le darían, en defensa de Don Juan, los donjuanes y hasta las ineses de los palcos.

Esto sería cómico si no fuese horrible. Porque quiere significar que las mujeres de los palcos están conformes y encantadas con la siguiente definición de la virtud: «Una cosa que sirve para que los libertinos nos engañen»... Y, naturalmente, su tanto cuanto prevenidas, convencidas de tal fin, ó á lo sumo, las más modestas, de que su *única carrera* en la vida es buscarse un marido entre cien novios aunque sea, y más ó menos lejos del sofá, unas y otras, por igual y por si acaso, se dedican, con el espejo por altar y su propia imagen por ídolo, á ir adiestrando su virtud en el arte del perfecto engaño de ser ineses engañadas.

***

Yo querría, filósofo lector, que meditases un minuto acerca de lo distante que estará de tales cerebros de muñeca toda voluntad de consagración á los verdaderos claustros religiosos y á los verdaderos

claustros artísticos. Mientras la muñeca sea linda, ó hábil para adobarse y parecerlo, no reconocerá más arte, ni más habilidad, ni más talento, que el de los polvos de arroz..., ó si canta, si tiene *bien* la pantorrilla, el del escénico tablado.

Pero la novelista *no se ve,* no recibe aplausos personales por su obra, no hace de ésta plataforma de sus gracias con una suprema y femenil coquetería más; no ignora que, al revés, su obra le impondrá trabajo enorme capaz de ajarle la belleza con arrugas en la frente, capaz de condenarla á reflexiones amarguísimas en la abandonada soledad de su claustro literario, capaz, en fin, de destruirla como muñeca de cintas y de hechizos, entregándola al tormento y á la fe de una austera religión como la de los conventos, sin serenatas tenoriescas.

Por eso es admirable que una dama, y más cuanto mejor situada en el bazar de las muñecas, profese en este esquivo y doloroso arte solitario. Por eso es una al-

tísima virtud la de la dama de áureo pelo y ojos verdes que viene desde América á escribir novelas en España.

Y no sé, lector filósofo, si esta primera parte de esta prefación te habrá parecido á ti un extemporáneo afán de rendir galanterías á quien me honró solicitándola; de mí puedo decirte que me la ha dictado una infinita amargura hacia esas otras lindas grandemente adornadas de virtudes, de pudores, para ese gran imbécil de Don Juan.

***

Angeles Vicente, siendo niña, debió de encontrar un día, en que estaría mirándose al espejo, de espaldas á un balcón, que era grande el cielo que empieza en Buenos Aires. Entonces, recordando aún las cosas de la escuela, debió de imaginar que, si el mundo era redondo, debía de ser una bola formidable..., más grande, en su redondez, que la redondez de su círculo de cielo y su círculo de amigas.

Acaso dejó el espejo por el balcón, para ver el mundo y el cielo directamente..., con una ansiedad inmensa..., con una curiosidad inmensa de chiquilla... Ella conocía á sus amigas, á sus amigos... ¿Cómo serían los demás amigos y amigas de la tierra?...

Errará quien crea que hace falta más para quedar condenado de por vida á ser escritor de «estas cosas tan tristes que algunos llaman versos» (Villaespesa) y novelas.

Angeles Vicente, primero, cogió unos libros y corrió por las selvas de la fantasía de los demás. Luego cogió un caballo y galopó por las pampas y los bosques. Después oyó á Puccini y se hizo tocadora de laúd. Más tarde leyó á Kardec é invocó por sí misma á los espíritus. Y se indignó, y escribió, y pronunció discursos, y fundó academias de *vivificación* para muñecas..., y empezó á entender perfectamente, que los espíritus quizá, y la beldad de las muñecas, y el propio mundo,

eran la misma bola formidable... Un día, en fin, que miraba en aquella *punta* del Atlántico un buque negro, se subió á él y le empezó á dar la vuelta al mundo sobre el lomo de las olas... Descansó últimamente dos años en Milán, y desde Milán vino á Málaga, á Madrid...; y habla en malagueño, en madrileño, en parisién y en milanés... aunque no quiera.

Habla en todo, tanto que ha podido entenderse en unamuno, desde Italia, con el Sr. de Unamuno; en poeta, con Vaamonde, y ahora conmigo en humildísimo cristiano de novelista terrenal. Es esta la primera novela que escribe, y ella, la autora, me ha dicho: «Dígale usted todos los defectos de mi libro al lector, para que no le sorprendan.» — «Señora — le repliqué — ¿y si yo no los encuentro?» — «Yo se los diré á usted — me repuso —: consisten en la ingenuidad, en la escuetez y en el estilo sin estilo, porque yo he venido á formármelo en España, y porque esta novela no es más que mi prisa de nervio-

sa por afirmarme á mí misma la voluntad de escribirlas.»

¿Verdad, lector letrado, que quien habla así tiene que ser una mujer singularísima?... Antes que tú he leído el libro. Antes que tú he podido confirmar (en exacta confirmación de las indicaciones de la autora) lo que tú confirmarás, sin duda, igualmente. TERESILLA es una novela ingenua, escueta, en la cual forma un extraño contraste agridulce, con su estilo de inocente sencillez, su fondo de una profundidad y de una amargura casi espantosas. Angeles Vicente escribió esta novela en Milán, con la prisa de venir á Madrid á bautizarse novelista. Una imprenta de Milán la compuso. Pero entre la americana habladora de todos los idiomas juntos y los cajistas italianos no podía resultar ni muy ágil ni muy puro el español. Ha hecho bien, pues, en traerla á una imprenta española y en decidirse á perfeccionar su español, para cuando haya de revestir con el estilo completamente am-

plio y digno sus futuras novelas, las hermosas novelas de sincera confesión que todavía no ha escrito mujer alguna del mundo.

Aunque sólo fuese por esto, que ya en la presente se inicia como oferta seductora, TERESILLA habría de merecer el título de libro singular de la mujer singular. Yo creo, y lo he dicho y razonado en otro libro, que la novela moderna va dejando á todo escape de ser un arte para convertirse en una ciencia artística. Creo que el novelista, por su solo arte, no es nada. Para eso se es poeta ó dramaturgo. El novelista ha de llegar á la novela desde la filosofía, desde la antropología, desde la sociología..., desde cualquier parte que sea fundamental reflejo de vida, desde cualquier parte que no sea la retórica y el estudio de los clásicos, incluso desde la policía... Por eso, para mí, es más novelista (*da* más vida) M. Goron, escribiendo sus memorias acerca de la vida harto observada en los demás, que el propio maravilloso artista Gabriel d'Annunzio, que no ha tenido tiempo de observarla en sí mismo, bajo la preocupación de su glorioso arte y del de Italia. Pues bien; Angeles Vicente llegará á la novela desde la sociología: antes que artista ha sido propagandista de credos nuevos...

TERESILLA no es tal vez «su novela» aún, sino un libro de la propagandista, de la socióloga, de la directa comprendedora de la vida. Es, además, un libro *externo*, no «de confesión». Mas ya que Angeles Vicente ha querido que yo consigne en el prólogo, por cuenta de ella, los defectos del libro, permítaseme que yo señale, por mi cuenta, sus méritos, y aun entre esos mismos defectos. El primero es la concisión, tan impropia de mujeres. El libro de mujer suele caracterizarse por la exuberancia. A cada cosa, con cada motivo, suelen querer decir todo cuanto saben. A cada paisaje suelen querer decir toda su poesía y la de los demás. En TERESILLA no hay esto, sino todo lo contrario, un

desprecio espartano hacia el paisaje, hacia la digresión, hacia el retrato de figuras, á cuanto no es el eje nervioso de la acción y á cuanto pudiera quitarle á los lectores una colaboración mental y emotiva, que acaso en más cantidad que el trabajo inductor de la propia novelista completaría la novela... Pero la inducción, la sugestión, ¿no forman el mérito principal del novelista?... Tengo una infalible regla de crítica emotiva: toda novela que no me sugiere ideas para escribir yo lo menos otras tres, es mala.

El mérito saliente de TERESILLA estriba, más que en el modo de desenvolver el asunto, en el modo de considerarlo. Acerca de la deshonra de mil *Teresillas* se ha escrito mucho. No obstante, Angeles Vicente es acaso la primera que pone ese problema eterno de la perdición de la inocencia en su justa luz. Lo han tratado los demás, novelistas y moralistas, desde el punto de vista de lo artificioso, de la moral arcaica, del error tradicional, que

lamentablemente confunde al *ser humano* con el *ser social*, y, sobre todo, tratándose de mujeres, encima de las cuales parece haberse complacido «la inteligencia histórica» en arrojar todas sus aberraciones. Así, la pobre Eva, sabido es, liviana, débil, viciosa, estúpida, especie de topino de vanidad y de lujo, con innata tendencia al mal, necesitada de un ronzal de virtud en la mano de los hombres y dando de bruces en todo lo maldito á nada que le faltasen el ronzal, el guía y los centinelas... ¿No? Sí; es la eterna caída, es el eterno camino, hacia el lupanar, de la insensata que ama el lujo y los placeres...

Pues... ¡No!—dice Angeles Vicente—; á la perdición, al lupanar, va casi siempre la inocencia, precisamente al revés; por un impulso natural y noble, el del amor, que la entrega furtiva á un hombre, porque, precisamente, ese impulso de la naturaleza está contrariado, con razón ó sin ella, por la tiranía social de los padres, en forma de dominio absurdo, y precisamente tam-

bién, después, por la mano misma del hombre amado, granuja y canalla generalmente (don Juan), antes que guía, y por el impulso de toda la honesta sociedad en forma de gentes que, en lugar de alzar, y perdonar y redimir á la caída, la desprecian; en forma, además, para más horror, de los propios padres de la carne, que arrojan del hogar á la hija deshonrada, y de los mismos padres del espíritu, que tal vez la invitan á bien poco espirituales actos cuando ella entra en una iglesia, buscando, como último consuelo, á Dios.

***

La dama artista, capaz de la honda mirada y de la sinceridad indispensables para *poner* de tal modo tal problema, bien merece la calificación de singular y que se espere de ella, á nada que se lo proponga, esa ultramoderna novela trascendente, de confesión sincerísima, no escrita jamás aún por mujer, y que nos dará Angeles

Vicente así que quiera hundirse en sus propias emociones. TERESILLA, en efecto, es un ensayo de piedad, realizado en un tipo absolutamente extraño para la piadosa dama. Ha querido la escritora, y nada más, apercibir sus armas. Su propósito es *escribir después su propio corazón.*

Son pensamientos, son sentimientos, son vagas y fugacísimas ó tremendas emociones, los relativos al ser pasional femenino, de los que apenas sabemos nada los hombres, si no es por una incompleta y siempre bien difícil observación. La novela moderna (psicofisiología, vida de la vida viva), desde que se constituyó como tal, se ha enriquecido con variadísimos y excelentes tipos de estudio masculino. Cada autor contemporáneo, y, sobre todo, entre los italianos y franceses, puede decirse que se ha *confesado* en su obra. Las *memorias* han venido á parar en la novela autoanalítica. Y la franqueza de los autores, en tal respecto de contar y razonar los más secretos y aun «monstruosos» impulsos de

su ser, podría decirse que ha llegado hasta el cinismo, si no fuese mejor decir que ha llegado al heroísmo del santo amor á la verdad. Conocemos al *hombre*, en una palabra. De la mujer, entre tanto, apenas en la novela moderna hay más tipos que los tan incompletos de las madamas Bovari de Flaubert, de los símbolos de Zola y de los ensueños feudalescos de d'Annunzio. Y aquí entra lo extraño del caso: las mujeres escritoras, que parecía lógico que nos diesen esos estudios de mujer, únicamente se preocupan, desde que son escritoras, de describirnos hombres..., y á lo más, *mujeres tales cuales los hombres querrían que fuesen*. Es decir, que prescinden de ellas mismas, de su naturaleza, y nos describen la *mujer social*, la virtuosa, la fuerte, la abnegada. No es eso. Lo que se necesita es el fondo de misterio que está por debajo. Se necesita, de la mujer como del hombre, para aportar un exacto concepto á la inquieta sociología, *lo humano*. Hay excepciones, y casi sería preferible que no

las hubiese. Las escritoras parisienses, las *Gyp*, las *Rachilde*, las Colette Willy, son las grandes sinceras *boulevardières* de lo monstruoso pasional. Por ellas sabemos que la mujer, puesta á serlo, puede ser tan perversa, exactamente tan perversa como el hombre. Mas ¿dónde están las confesiones psicológicas de las escritoras con respecto al tipo pasional normal?

Esa es la novela de mujer que hace falta y que bien pudiera escribir Angeles Vicente, puesto que en los ojos trae los verdes y bravuras de los mares todos.

FELIPE TRIGO.

I

El teatrucho de fantoches de doña Sabina estaba lleno. La música acababa de tocar, y Francisco explicaba el programa, estampado en los grandes cartelones que colgaban afuera. Las mesas, el telón, las figuras, descoloridos por el tiempo y la lluvia, daban al conjunto ese aspecto típico de los barracones de feria.

Los últimos espectadores que llegaron se fueron aglomerando junto á la puerta. Francisco entró. Sólo doña Sabina quedó afuera, sentada detrás de su mostrador, como en un trono, presidiendo con aire de reina.

Era ésta una mujer baja, gorda, blanca, de ojos y cabellos negros y floja, enorme papada.

El mustio y abultado pecho temblaba al menor movimiento bajo la blusa de muselina.

Después de murmurar algunas palabras, quiso levantarse, pero el calor de aquella noche de verano, el olor á cigarro que había adentro, la hicieron desistir. ¡La representación podía empezar lo mismo sin ella! Teresilla era bastante segura en su trabajo, y Francisco, aunque siempre tenía la cabeza á pájaros, pues era el don Juan del barrio, no se equivocaba. Todo iría por lo tanto como de costumbre.

—¡Diablo!—pensaba mientras hacía las cuentas de la noche.

—¡A ese maldito le gustan demasiado las mujeres y descuida nuestros intereses. ¡Pero á la primera...

Doña Sabina no terminó.

—¿Qué deseaba?

—Un billete. De preferencia.

Era un espectador en retardo, un obrero vestido de fiesta, con el sombrero inclinado hacia un lado, el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos.

—No tengo un asiento más. Todo está completo. Esta noche se ha tenido que volver mucha gente por la misma razón.

—Por la...

—Si se conforma con estar de pie...

Pero el obrero había tragado su blasfemia y se iba por donde había venido.

—¡Estos muertos de hambre!

Doña Sabina dormitaba. La representación andaba bien: los aplausos estallaban frenéticos á cada momento. En una de estas explosiones se despertó sobresaltada.

Creía haber soñado muchas cosas. Un entorpecimiento extraordinario obcecaba su pobre inteligencia. Sentía que poco á poco invadía todo su sér un dulce enervamiento; sus ojos se velaban con expresión melancólica y cariñosa. Un vago deseo de paz, de caricias, se apoderaba de ella: hubiera deseado volver á sus treinta años; tener una linda casita, que su nena fuese chiquita como una muñeca... volver en fin á

aquellos tiempos en que la vida había sido para ella tranquila y dichosa.

—¡Ah! ¡Pero eso era imposible! ¡Si por lo menos Teresilla se casase como ella deseaba! Tal vez el sueño tanto tiempo acariciado se realizase. Si pudiesen traspasar bien el negocio... salir de aquella covacha, respirar un aire más puro, olvidar las amarguras de la pasada miseria...

Una vez más fué sacudida por los aplausos que se renovaban con mayor insistencia y entusiasmo:

—¡Diablo! ¡Esta noche estamos de suerte!

Al mismo tiempo se oyeron, al extremo del callejón, varias voces destempladas.

—Borrachos—murmuró doña Sabina—¡sinvergüenzas! ¡puercos! Después vienen á empeñar hasta la camisa porque no tienen dinero. ¡Ya lo creo! ¡tanto beben!... ¡Puercos! ¡más que puercos!

Y amenazaba con su mano gruesa, mientras la canción que los borrachos entonaban con toda la fuerza de sus pulmones, con voz ronca

de gargantas excitadas por el alcohol, se oía cada vez más distintamente.

Los ebrios pasaron. Ella los vió alejarse y desaparecer en una taberna.

—¡Puercos! ¡más que puercos!—repitió.

Después con un gesto de repugnancia se volvió del otro lado.

—¡Puf! ¡Qué asco!

Y se entregó de nuevo á sus cavilaciones.

—¡Ah! ¡Si Teresilla se casara según sus deseos! ¡Si Francisco fuese más atento á su trabajo! Las entradas podrían aumentarse y redondearse la dote de la muchacha. ¡Entonces no dejaría de presentársele un buen partido y las vecinas se morirían de envidia! Todas, hasta las siete hijas de la viuda de enfrente, que se daban tanta importancia.

Así, fantaseando, llegó el fin de la representación. La gente salía satisfecha, con las caras risueñas, coloradas por aquella atmósfera sofocante. Una señora gruesa y cursilona saludó.

—Buenas noches, doña Sabina.

—Buenas noches.

Era la viuda que pasaba con sus siete hijas, tiesas, embutidas en sus trajes de fiesta demasiado cortos.

Las muchachas cruzaron en silencio, sin saludar.

—¡No saludan siquiera esta noche!—pensó doña Sabina—¡Ah! reventarán de envidia... ¡No hay cuidado! El buen tiempo llega siempre para quien sabe esperarlo: ¡no hay santo que no tenga su día! ¡Vergüenza deberían tener! ¡No vengan á hacer creer, que con el bordado ganan para todos los gastos! ¡Como si no supiéramos todos los pecados que tiene la mayor encima! ¡En cuanto á la madre... es mejor no hablar! ¡Ah! pero cómo son de hipócritas algunas mujeres...

Con todas estas apreciaciones, la honestidad de la familia no quedaba muy bien parada.

Pasó doña Pepa; luego doña Carmela. Esta se paró en el mostrador: era una de esas comadres de barrio, que saben los chismes, las charlas y cuanto sucede en todas y en cada una de las casas de la vecindad; una beata que se pasaba el día, parte en la iglesia y parte de casa en casa, interesándose más en los cuidados ajenos, que en los propios. Al pararse, empezó á contar á doña Sabina los últimos chismes que corrían sobre la tercera de las siete hijas de la viuda; luego habló de la panadera, que era el escándalo de toda la calle.

—¡Qué mujer! ¡Dios mío! ¡Qué mujer!

Acompañaba el discurso con movimientos de cabeza, con gestos desconsolados, como si cada palabra le hiriese alguna fibra del corazón; después, agregó:

—Hasta usted, ¡tenga cuidado con las charlas!

—¿Yo? ¿Qué tendrían que decir?...—preguntó doña Sabina con extrañeza.

—Basta. No sé nada.

—Sí; algo sabe. Debe decirlo. Si no le diré que es una charlatana, una...

—¡Virgen mía!

—Una...

—¡Pero por Dios! Cálmese, ¡la están oyendo!

—Una mala lengua.

Doña Carmela se acercó más al mostrador y se inclinó hacia doña Sabina en actitud de quien comunica un secreto:

—Vea: Teresilla está perdidamente enamorada de Francisco. Todas las noches, entre los telones, no hacen más que besarse. La he visto yo.

—¡No es cierto!

—¿Lo ve? ¿Tenía yo razón en no querer hablar?

Y cruzando las manos sobre el pecho:

—¡Lo juro por la Virgen!

—¡Dios mío! ¿De modo que hasta en mi casa se conspira contra mí?

Doña Sabina, después de agradecer el aviso á la vecina, dominándose, llamó á Francisco, y sin darle nada á entender le dijo que podía retirarse ya, y se quedó sentada en el mostrador, con las manos cruzadas sobre el pecho, viendo cómo en un momento se habían desvanecido todas las alegrías de la noche.

Jaime, soñoliento, sudado, cansado, vino á cerrar la puerta del teatrucho.

—¿Dónde está Teresilla?—preguntó doña Sabina con tono brusco.

—¿Qué me preguntas á mí? Estará por ahí.

—Sería mejor que tuvieras más atención con tu hija en vez de...

Jaime se quedó mirándola estupefacto ante aquel reproche. Después tuvo un momento de rebelión; comprendió que alguna cosa debía de haber sucedido, y no quiso que le echaran á él toda la responsabilidad de una probable culpa de la hija:

—¿Y tú, para qué estás? ¿No eres tú su madre?

Ella se confundió y no supo qué contestar. Cerró violentamente el cajón del mostrador y murmuró entre dientes:

—Teresilla coquetea con Francisco. Tú nunca te has dado cuenta de nada. Era preciso que la gente de afuera me lo venga á decir para que se sepa algo. ¡Tú cuidas tanto á tu hija!

—¡Por mil demonios! ¡Basta! Estoy cansado, no necesito oir tus sermones. Piensa mejor en ir á dormir y déjame en paz.

Cerró la puerta y se retiró, dejando á doña Sabina sola en lo obscuro.

¡Solo faltaba que le echaran encima hasta la responsabilidad de lo que hacía la hija! ¿Era justo? Con la vida de perro que llevaba en aquel maldito negocio, sin luz y sin aire. ¡Era demasiado!...

Doña Sabina, al quedarse sola, tuvo una explosión de cólera; pero comprendiendo su impotencia, dejó las armas para mejor ocasión y trató de volver á fantasear sobre el futuro, como si nada hubiera sucedido.

Pero no fué posible; no estaba tranquila. Le faltaba el aire para respirar, sentía la garganta seca, los ojos irritados como si hubiera llorado largo tiempo. Se levantó, abrió de nuevo la puerta de la calle y respiró con toda la fuerza de sus pulmones.

La luna, irradiando una claridad melancólica, iluminaba la callejuela. La ropa tendida en las ventanas, simulaba sobre los muros de las casas sombras fantásticas y terroríficas.

Permaneció así sola. Nunca había sentido una

sensación semejante de miedo y de tristeza. A las voces de los borrachos, que renovando el escándalo salían de la taberna, se estremeció, cerró la puerta y entró de puntillas en el barracón.

Jaime dormía tendido sobre su catre, con las manos debajo de la cabeza; su respiración era más bien un ronquido potente. Teresilla, en su camucha, parecía acariciada por un dulce ensueño. Las líneas delicadas de su cara trigueña, se destacaban sobre la almohada con especial precisión; su trenza, de cabellos negros, tenía reflejos metálicos, herida por la luz de la lámpara.

Tuvo la tentación de despertarla, pero viendo que dormía tranquilamente, dominó su impaciencia y se desnudó sin hacer ruido. Al tenderse en la cama sintió una íntima complacencia; pero apenas cerró los ojos para pretender dormir, el tormento de antes empezó con mayor insistencia.

Hubiera deseado despertar á su hija, sacudirla por un brazo, cogiéndola de improviso, para

ver si confesaba. Sin embargo, apelaba á la prudencia y se dominaba y volvía á fantasear sobre el porvenir. La cama parecía erizarse poco á poco de espinas; así que, apenas apuntó el alba, no pudo más, se levantó, se vistió maquinalmente y salió á respirar el aire de la calle.

Al regresar encontró á su hija que, cantando á media voz, se peinaba delante de un pedazo de espejo. En el primer momento doña Sabina logró dominarse; después, como Teresilla parecía complacerse contemplando su cara fresca y colorada, su piel aterciopelada y su cabello rizado, no pudo contenerse por más tiempo:

—¡Déjate de coqueterías!—la dijo.

Teresilla levantó un hombro y no contestó.

—¿Has entendido?

Ciega de ira, con un movimiento desesperado, se precipitó, como ave de rapiña, sobre el pedazo de espejo, y arrebatándoselo, lo estrelló contra la pared.

—¿Qué haces?—preguntó Teresilla asustada.

—¡Eso tiene que acabar de una vez! ¿Qué te has creído?

Jaime se había despertado al ruido:

—¿Pero es posible que no le dejen á uno descansar? ¡Estoy harto de vosotras! ¡Afuera, si os queréis pelear!

Con las manos debajo de la cara, refunfuñando, se volvió á dormir como un perro viejo. Al poco tiempo roncaba como antes.

Doña Sabina, puestos los brazos en jarras, continuaba con voz ronca arrastrando las palabras:

—¡Es hora! ¡Sí! ¡Debe terminar! Tienes que dejar de hacer la locuela con Francisco. ¿Tú te crees que yo no sé nada?, ¿eh?

Se calló un momento para ver el efecto que producían sus palabras. La chica palideció y no contestó.

—¿Qué dices?—preguntó doña Sabina.

Teresilla persistió en su silencio. Sollozó sin embargo.

—¿Lloras? ¿Luego entonces es cierto? ¡Sinvergüenza!

Jaime murmuró en el sueño palabras incomprensibles.

Doña Sabina, enfurecida en extremo, cogió á su hija por un brazo y la sacudió con toda su fuerza.

—¡Infame!

Teresilla reaccionó. Las lágrimas se la secaron como por encanto:

—¡Déjame en paz!

—¡Ah! ¡Qué te deje en paz! ¡Quiéres jugármela á traición! ¿No es cierto? Bien; pues fuera de mi casa; aquí somos todos gente honrada...

Dominada por la ira, no sabía lo que decía; las palabras se interrumpían bruscamente al salir de su boca. Su elocuencia se resolvía en un cúmulo de invectivas incoherentes:

—¿Conque debo dejarte en paz? Espérate y verás... En primer lugar, ese bribón de Francisco se va en seguida á la calle, ¡sí, sí, en seguida!

Sus propias palabras servían de estímulo á su furia, repitiéndolas á intervalos y con cierta voluptuosidad. Teresilla, ni lloraba ni hablaba.

—¡Aprovecharse de ese modo de la confianza de sus amos! ¿Quién sabe lo que se habrá imaginado? ¿Lo que tendría en su cabeza? ¿Pretendería casarse contigo? ¿Habrá echado sus cuentas el *caballero*, sin contar con la huéspeda? Por fortuna estoy yo aquí para sentaros á los dos el juicio.

Se calmó por un momento, después atacó con mayor furia. Teresilla tuvo otro ímpetu de llanto, pero esta vez reaccionó con toda energía:

—Si le echan, mejor; me iré con él.

—¡Ah, sinvergüenza! ¿Es así cómo contestas á tu madre? ¿Es ese todo el bien que le deseas? ¿Es esa la recompensa de los sacrificios hechos para hacerte educar en el colegio del Sagrado Corazón? ¿Son esos los consejos que te han dado las monjas? ¡Si te hubiera mandado!... Por lo menos, ¡no serías una hipócrita!...

Teresilla se había vestido, y se disponía á salir.

—¿Adónde vas ahora? ¿Adónde vas, te he dicho?

—No lo sé, me voy.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Quiero verte buena moza, te hago traer con los guardias!

—¡Qué me importa!

—¿No te importa? ¿No lo digo yo? Si la culpa es de tu padre, que no te ha sabido romper las costillas á tiempo. ¡Si me hubiera creído á mí!—y hacía un gesto profético y significativo. ¿Te rebelas así á tus padres porque te demuestran quererte bien? ¿Porque te dicen que el camino emprendido no es el bueno? ¡Qué hija, qué hija! Pero Francisco las pagará: le echaré en seguida; esto no puede durar. No es posible...

La segunda explosión de cólera se calmó también por un momento. Estaba jadeante de fatiga. Las gotas de sudor le resbalaban por la papada dejando un surco lúcido, el pecho le palpitaba con violencia. A la calma siguió un nuevo acceso de cólera, pero esta vez fué contra el marido. Le tiró de la cama:

—¡Tú puedes dormir tranquilamente desentendiéndote de todo! ¿No es cierto? Dejarme á

mí el cuidado de la casa, de la hija... Después seré yo la responsable de cuanto suceda.

Jaime, atacado de manera tan inesperada, no supo qué contestar. Se sentó, se refregó los ojos, en los que persistía un velo de niebla, y se compuso el pecho, tal vez para aclarar la voz:

—¿Yo? ¡La culpa es tuya... tuya... toda tuya!

Ahora las dos desesperaciones tenían la misma intensidad, el combate se equilibraba.

—Ya, con las mujeres no se puede hablar...—Y se exaltaba en el discurso, como cuando dialogaba trágicamente, escondido debajo de su pequeño tablado escénico:—¡Ah, nido de víboras! ¡Así son todas las mujeres!

Pero en el fondo, el recuerdo de doña Sabina joven, volvía como una rápida visión y entonces agregaba:

—Cuando son viejas...

—¡Ah! ¿Yo soy vieja? ¿Y tú no te has mirado nunca al espejo?

Doña Sabina alzaba la voz con más fuerza, una gruesa vena se le hinchaba en medio de la frente:

—¿Yo soy vieja?

—Vieja y...

—Calla, ¡sinvergüenza, mala lengua!

La hija contemplaba impasible la escena.

—Ya, ¡la culpa es tuya!—agregó doña Sabina con voz temblorosa por la ira,—toda tuya...

Llamaron á la puerta de la calle.

—¿Quién es?—gritó la mujer siempre fuera de sí, y balanceándose sobre sus piernas demasiado cortas fué á abrir.

—Soy yo, doña Sabina.

En el hueco de la puerta apareció Francisco.

II

A la noche siguiente se aglomeraron en el barracón los espectadores, con el entusiasmo habitual. En la imaginación de un público hay siempre algo de infantil: basta nada, para agitarla, y la cosa más nimia, para excitarla en máximo grado.

Aquella gente, en aquel chiribitil, durante las dos horas que permanecía encerrada, se olvidaba de sus propias contrariedades; los cuidados de la vida presente huían, los sufrimientos se amortiguaban, en tanto duraba la inocente distracción.

Sólo doña Sabina era indiferente á todo. Sentada detrás de su mostrador, absorta en el re-

cuerdo de la escena tenida por la mañana con Francisco. Aún sonaban en sus oídos las amenazas de éste. Las sospechas más crueles se apoderaban de ella poco á poco, con insensata y extraña persuasión.

También Jaime estaba trastornado por la escena de la mañana. A duras penas se acordaba de su parte, diciéndola como jamás la había dicho; automáticamente, sin arte, sin inflexiones de voz, con una entonación monótona y desalentada.

—¡Mundo ingrato, cuánta miseria!—pensaba, y su mente volaba, perdiéndose en la alta esfera de la fantasía, entusiasmándose, exaltándose, para caer de pronto anonadado apenas la realidad se asomaba con su verismo triste y repugnante.

Francisco se había presentado tímido, con cierta humildad y había empezado su trabajo como de costumbre.

A Teresilla no la perdían de vista.

Por la mañana, al siguiente día, doña Sabina trató de excitar á Francisco, cansándolo, abu-

rriéndolo, para tener un nuevo pretexto de pelear y echarle de la casa. Pero Francisco, parecía hacerlo á propósito, ¡nunca se había portado tan bien!

La rabia la devoraba.

A la hora de almorzar, le ordenó hiciese varias cosas, sin dejarle comer; siempre refunfuñando, por no encontrar el momento del ataque.

Más tarde Jaime dormitaba y doña Sabina se recostó también; pero no pudo dormir; lo sucedido se presentaba ante su vista con una realidad tangible; recordaba con sorprendente lucidez todos los movimientos hechos y las palabras dichas.

El sol estaba alto, el calor era sofocante y en la casa no quedaba una sola gota de agua. Abrasada por la sed, se levantó para mandar á Francisco á la fuente. Le llamó, le buscó por todos los rincones y no dió con él.

Su rabia, reconcentrada, estalló con todo furor.

—¿Dónde se había ido aquel canalla en vez de estar cumpliendo con su deber?

El momento oportuno había llegado; debía aprovecharlo.

Decidida á echarle de una vez, salió en su busca, tambaleándose por lo mal que la sostenían sus piernas cortas.

En el fondo del callejón encontró á Francisco hablando con una vieja. Él, al acercarse doña Sabina, tuvo un momento de confusión, reponiéndose en seguida.

Despachó á la mujer, y luego sonriendo, vino al encuentro de su ama:

—¿Me buscaba? Como ve... un asunto importante...

Doña Sabina se encolerizó más aún.

—¡Ah, sí!... ¿Son esos tus asuntos importantes? ¿Te crees que no sé quién es esa mujer? ¡Puerco! Tienen razón los vecinos en decir que esa vieja canalla mantiene tus vicios... ¿Y te atreves á poner tus ojos en aquel ángel? ¡Sinvergüenza! Mira, ¡hazme el favor, vete de mi casa!... ¡Vete, vete!

Perdía la razón. Francisco palideció, y mirándola fijamente con sus luminosos ojos de

gato, la dejó desahogar. Cuando el temporal se calmó un poco, dijo:

—Está bien. Me iré. Pero...

Se interrumpió con un gesto vago, que la hizo estremecer de miedo.

—¿Te atreves á amenazarme?

—No sé; deme mis cosas y me iré...

—No.

—¿Cómo? ¡Tendría gracia!

—¿Necesitas explicaciones? ¿Sabes algo de la cadena de oro que me falta? ¿Sabes que se la han visto á esa mala mujer con quien hablabas hace un momento? ¿Sabes cuánto ha faltado para hacerte meter preso? ¿Eh?...

Y agregó con desprecio:

—Después de todo, ¡hasta ladrón!

Francisco rugió como un león herido.

—¡Ah, vieja bruja!

Alzó la mano, pero alguien le detuvo, murmurando:

—Vete. ¡Por caridad!

Era Teresilla que le sonreía de una manera extrañamente forzada, en contraste con la ex-

presión dolorosa de su cara de Virgen; él, indeciso, confuso, se alejó refunfuñando:

—¡Vieja del demonio, me las pagarás!...

Doña Sabina no tuvo valor para decirle nada á Teresilla; volvióse á casa, y le contó lo sucedido al marido, exagerando la escena y acompañando el discurso con movimientos bruscos y expresivos ademanes.

Por la noche ocupó su puesto acostumbrado; aún sentía que la sangre se le agolpaba á la cara. Jaime vino á la puerta descompuesto y pálido como un muerto. En el teatro, la gente, impaciente por una espera demasiado larga, golpeaba con los bastones y gritaba hasta desgañitarse.

Doña Sabina tuvo un nuevo arrebato de sangre:

—Jaime, ¿qué ha sucedido?

—Mira.

Le entregó un pedazo de papel blanco, estrujado, y, sin proferir una palabra, quedó como una estatua delante de su mujer.

Ella, antes de leerlo, tuvo la intuición de lo ocurrido.

—¿Teresilla se ha escapado?

El marido afirmó con un movimiento de cabeza.

Leyó la carta temblando.

—¡Qué maldición!

Pero el público seguía gritando. Los denuestos que brotaban de aquellas gargantas, excitadas y requemadas por el calor, eran cada vez más fuertes y amenazadores.

Jaime se dió cuenta del peligro.

—¡Es hora!... ¡No hay más remedio!

Doña Sabina no contestó; hizo una señal de resignación, y le indicó la sala.

Al fin, se levantó el telón. La calma se restableció como por encanto; los espectadores, absortos en la contemplación del espectáculo, se callaron como chiquillos á quienes se les da el juguete deseado.

Doña Sabina lloraba en tanto. Se sentía aho-

gar de angustia; hubiera deseado correr, preguntar por todas partes hasta encontrar á la hija; pero por un lado su deber, por otro una fuerza ignorada, la hacía impotente, la clavaba en su sillón. La amenaza proferida por Francisco, aquella terrible profecía que había insinuado en su falsa calma, le volvía á la mente como un tormento doloroso...

Volvió á leer el pedazo de papel, volvió á darle vueltas en todos sentidos, con curiosidad morbosa, no queriendo aún persuadirse, no queriendo darse cuenta de que Teresilla se hubiera escapado.

Se repetía entre sí:

—No puede ser. Es una mala broma. Se quiere vengar de lo que la he hecho sufrir hoy... Pero ¡mi deber de madre me lo imponía así! ¿Y si hubiese callado?

Su sentido moral se rebelaba; pero un pensamiento atroz le martillaba el alma:

—¿Hubiera debido ser más prudente? Tal vez... ¡quién sabe!... No; no había procedido como mujer discreta y serena. Lo reconocía.

Pero su sueño, ¿era un mal sueño? ¡Todo se habría vuelto espuma de jabón! ¿Y si así no fuese? ¡Virgen de la gracia, me recomiendo á vos! ¡Vos lo sabéis, que no he tenido mala intención! ¡Soy madre... ¡Vos también habéis sido madre!...

No había prestado atención á un espectador rezagado que le pidió el billete varias veces, hasta que éste, impaciente, blasfemó y dió un puñetazo sobre el mostrador.

Saliendo de su abstracción, dió el billete al recién venido, y sin tiempo de volver á su preocupación:

—¡Buenas noches! ¡Buenas noches!

Era la viuda con sus siete hijas, que llegaban de improviso, todas juntas, charlatanas y curiosas como nunca.

Empezó la mayor:

—Venimos un poco tarde, ¿no? Tuvimos una visita y...

Después continuó la que tenía voz de falsete:

—¿Hace mucho que ha empezado?

Luego la enamorada de don Juan:

—¡Qué calor!

Y la otra, á la que llamaban la *Garza ladrona:*

—¡Cuánta gente!

Y la *Fruncidita*, que exclamó con aflicción:

—¡Ah! ¡No hay más asientos!

Y la pequeña, que preguntó cariñosamente:

—¿Y Teresilla?

Y la última, con su voz de contralto, mientras se acomodaba el cabello:

—Don Jaime, ¿cómo está?

Y por fin, la vieja:

—Hoy no la hemos visto en misa. ¡Doña Ana de vestido nuevo! ¿Qué me dice?...

Las preguntas se sucedían sin dar tiempo á contestar.

—¡Uf! ¡Qué calor!

—Sería mejor volverse atrás.

—De todos modos, es tarde.

—Sí; dinero tirado á la calle.

—Si nos quedáramos de pie, aquí en la entrada, entre los jóvenes—dijo la menor.

—No, no. Es mejor volver mañana por la noche.

—¿Qué mal, después de todo?

Doña Sabina no sabía á quién contestar, y decía para sus adentros:

—¡Malditas lechuzas! ¿Se irán de una vez?

Al fin, viendo que no eran escuchadas, se decidieron á marcharse, y después de saludar con una inclinación de grandes señoras, se alejaron, perdiéndose de vista bajo la penumbra de la calle.

Doña Sabina no podía más; se sofocaba.

—¡Qué martirio!

Lanzó un suspiro de alivio, y en seguida oyó una voz que le murmuraba al oído:

—¡Doña Sabinita!

Era el vejete de todas las noches, que le entregaba un ramo de claveles.

—Sírvase... ¿Cómo está?

—Bien, gracias.

—¿Y su hija?

—Bien.

—¡Cada día está usted más hermosa!

Y le estrechaba la mano en actitud de viejo don Juan, entornando un ojo que languidecía como por un espasmo interior.

—Usted me quiere hacer morir de melancolía...

Volvía á galantearla con su especial estilo, profiriendo las palabras con una intención mal disimulada.

Doña Sabina ni oía ni entendía nada.

—¿Sabe usted cuánto la quiero?...

Y haciendo cierto gestito con la boca, continuaba:

—¡Cada vez más linda! ¡Cada vez más bella!

Maestro de baile retirado, conservaba aún los modales de los grandes señores á quienes había dado lección. Además, empleaba continuamente ademanes de rigodón, saludos de lanceros y movimientos rápidos de vals.

Le besó la mano, contrajo la boca con una sonrisa melíflua, que le descubrió los dientes negros y cariados, y suspiró imperceptiblemente, como una señorita romántica:

—Qué bonito teatro, ¿eh?

Cogió de nuevo la mano á doña Sabina, y se la estrechó con más fuerza; sólo entonces salió ella de su sopor.

—Disculpe... No he entendido lo que decía.

El viejo, acercándosele más, le murmuró al oído:

—¡Que está usted encantadora!

—¡Déjeme en paz, viejo imbécil!

Y lo fulminó con una de esas terribles miradas que sólo ella sabía lanzar. El viejo se quedó todo confuso, pero continuó siendo galante.

—Presento á usted mis excusas, doña Sabina. ¿Qué quiere? ¡Estoy loco por usted!

Sonrió nuevamente de la manera más simpática que le fué posible, y entró en el teatrucho.

—¡El facha del *tío!*—murmuró doña Sabina.

Estaba escrito que aquella noche no podía permanecer sola un momento. Apenas el maestro se entró, dando saltitos como á compás de

polca, dos guardias de la ronda pasaron por delante del teatro y se pararon á saludar.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Nada de nuevo?

—Nada.

—¿Todo está tranquilo?

Parecían jueces en el interrogatorio de un proceso.

Doña Sabina contestó:

—Sí; todo está tranquilo, solo ocurre que mi hija se ha escapado.

—¿Teresilla? ¿Cómo? ¿Sola? ¿Y se está usted tan tranquila?

—¿Qué voy á hacer? ¡No puedo dejar esto!

—¿Cuándo se ha ido?

—Hace una hora.

—Bueno, nos ocuparemos nosotros. Venga usted mañana temprano á la oficina y tal vez le podamos decir algo. ¡Diga! ¿No tiene ningún indicio?

—Sólo ha dejado esta carta.

Tomaron la carta, la dieron vueltas y re-

vueltas á la luz, exclamando en tono poco satisfecho:

—¡No basta!

—¿Dónde piensa usted que puede estar?

—No sé.

—¿Tienen parientes aquí en Málaga?

—Ninguno.

Meditaron un momento.

—Su hija de usted ¿estaba enamorada?

—Sí—respondió con desaliento.

—¿Sabe usted quién es el novio?

—Un empleado nuestro.

—¿Dónde está?

—No lo sé, le despedí esta mañana.

—¿Por qué?

—No quería que cortejara á mi hija.

—¿Cómo se llama?

—Francisco Machuca.

Los guardias se miraron.

—¡Cómo! ¡Aquél que vive á costa de la... vieja Luisa!

—¿Está usted segura de eso?

—Sí.

—Un buen tipo... para un presidio.

—Ya estuvo un año por robo.

Y acentuaba la palabra robo con marcada intención. En su afán de humillar á Francisco no sabía lo que se decía.

—¡Ah! ¡Estas muchachas!

—Esté usted tranquila, que su hija volverá sana y salva.

—¡Dios lo quiera!

Al retirarse los guardias agregaron:

—Comeremos los dulces.

Doña Sabina se sentía anonadada, humillada, le faltaban las fuerzas para resistir; le pareció que los guardias se burlaban. ¡Ah! ¡Si hubiese tenido á Teresilla entre sus manos! ¿Qué le habría hecho? ¿Lo sabía acaso ella? ¡Si al menos volviese! Se contentaría con verla, con poder seguir viviendo en aquel miserable casucho. Pero no. ¡No volvería! ¿Quién sabe?...

Un calofrío recorría todo su cuerpo.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Juan.

Era un joven alto, rubio, que la saludaba familiarmente, y que añadió sonriendo:

—¿Novedad, eh?

—¿Cuál?

—Francisco ha hecho conquista.

—¿También tú lo sabes?

—Le he visto con una muchacha, del brazo, á lo largo de la marina.

—¿Ah, sí? ¿Quién era ella?

—No la he conocido.

—¿No la has conocido? ¡Era Teresilla! ¡Mi Teresilla!

—¿Cómo? ¿Teresilla? ¿Lo dice usted en broma?

—¡No, hijo mío! En serio ¡Muy en serio! ¿Te sorprendes? Esa desgraciada se ha escapado con él.

Y agregó todos los detalles del pequeño drama.

El joven la escuchó atónito. Después dijo:

—¡Pobre señora! ¡Cuánto la compadezco! ¿Y no la ha buscado usted?

—No. El público esta noche está hecho una *bestia*. ¿Cómo dejo solo á Jaime? ¡Si tú te quisieras ocupar... buscarla...!

—¿Yo?

—Sí, tú, hazlo por compasión, por deuda de amistad.

Permaneció un momento indeciso, en la duda de si debía ir ó no. Teníale miedo á Francisco.

—Nosotros te hemos querido siempre como á un hijo.

—Tiene razón. Pero... No quisiera comprometerme.

—¡Virgen mía!

Entonces Juan, movido por un sentimiento de caridad, se decidió á ir en busca de Teresilla.

—Bueno. Esté tranquila, voy á ver. Buenas noches.

—Gracias, hijo, gracias.

Y le estrechó la mano cariñosamente.

Aquella esperanza le devolvía el alma al cuerpo. Quería ilusionarse aún.

—¿Qué hará ahora Teresilla?—pensó poco después. A tal pensamiento tembló de pies á cabeza:

—¡Dios mío! ¡Haced que no sea cierto! ¡Tened piedad de mí!

Se lo imaginaba todo:

—Ahora está con él. Ahora se besan. Ahora hablan y se burlan de mí... El recuerdo de la mañana, el epíteto de *vieja bruja*, todo se aglomeraba en su imaginación para martirizarla: *¡Vieja bruja! ¡Vieja bruja!* ¡Ah! ¡Si le cogiese entre mis uñas!

El maestro de baile salía sonriente del teatro:

—Lo que yo digo. Doña Sabinita siempre más fresca, siempre más joven... Y yo, ¡pobre viejo! ¡Siempre para abajo!... ¡Siempre para abajo!

Esta vez la lisonja fué más á gusto de ella:

—Usted siempre tan cumplido.

—No, no. La verdad solamente.

—Gracias, gracias.

—¿Me permite usted que le bese la mano?

—Dejémosnos de bromas. ¡Si supiera usted que ganas de bromas tengo yo!...

—¿Qué le sucede?

—Nada, ¡miserias de la vida!

—¿La hija, tal vez?

—No, no.

El viejo comprendió que había dado en el clavo.

—No se preocupe. ¡Todos los hijos son iguales! ¡Una partida de ingratos!... ó nosotros somos unos pobres ilusos.

—¡Qué! ¿Usted también?

—¡Ya lo creo! ¿Si usted supiera? Tenía un amor de hija que...—Se estremeció al recuerdo doloroso:—¡Diez y ocho años! Una belleza. La desdicha quiso que se muriese la madre y...

Una lágrima se deslizó contra su voluntad de entre sus párpados.

Se la secó casi avergonzado y sonriendo con su manera acostumbrada irguió la cabeza como para borrar el recuerdo:

—¡Diez y ocho años!... Basta, basta, es mejor

callar... Diría uno tantas herejías... Después de todo, ¿quién tiene la culpa? ¿La sociedad por tener leyes en contra de la Naturaleza, ó la Naturaleza por tener leyes en contra de la sociedad? ¿Es la educación? ¿Es la ignorancia? ¿Somos los padres unos imbéciles? ¿Son los hijos unos ingratos? ¡Ah! ¡Doña Sabinita de mi alma! Créame, trate de estar tranquila, no se preocupe, la melancolía es una mala enfermedad. Lo mejor es no pensar. ¡Ah! ¡Qué felicidad no pensar!...

Luego, arrepentido de haber hablado, se despidió apresuradamente:

—Me voy corriendo porque me esperan en casa.

—¿Quién le espera?

—¡Si usted supiese!...

Y se alejó dando saltitos y tarareando un aire de mazurca.

Doña Sabina pensó:

—¿Quién podrá esperarlo?

Y se imaginó una vieja fea, más vieja que ella, una especie de ama de llaves, con el cabe-

llo postizo, la cara pintada... Luego le volvió á la mente:

«Era una belleza.» ¿Entonces se había muerto? ¿Se había escapado como Teresilla? ¿Se habría suicidado? ¿Qué drama escondían sus palabras? ¿Qué le quiso decir con todo aquello?...

Se repetía mentalmente lo dicho por el viejo:

—«¿Quién tiene la culpa? ¿Somos los padres unos imbéciles?...» Pero, ¿qué sucedía dentro del teatrucho?...

El público gritaba, protestaba, silbaba.

Las voces se cruzaban en un juego de tonos alternados.

Doña Sabina, temblando, se asomó á la calle:

—¡Ni un guardia siquiera!

Vacilando entró en el teatro.

Todos pedían la muerte del traidor.

La sugestión era completa: una emoción interna contraía los semblantes de los espectadores como si la comedia fuese un hecho real; como si estuviesen ante hombres, no ante muñecos; así que apenas el conde de Maganza salió armado de su escondite, y fué hacia su rival para matarlo, un muchacho le tiró un zapato.

La revuelta fué completa. Empezó una lluvia insistente y continua de palos, zapatos y todo cuanto el público tenía que poder tirar.

Jaime, entre bastidores, se mordía las manos de rabia. Tuvo que bajar el telón y salir á improvisar una especie de discurso:

—Respetable público, el drama es así. Yo no puedo cambiar la historia.

—¡No, no! ¡Debe morir el traidor, el traidor!

El barullo, que se había calmado al aparecer Jaime, empezó de nuevo con un crescendo que degeneró en delirio:

—¡Muera! ¡Muera! ¡Muera el traidor!

Era increíble la sobreexcitación de aquellos locos. Todo discurso era inútil. Jaime estaba desesperado. No sabía qué partido tomar. Por fin, tuvo una idea salvadora. Volvió á repetir:

—Respetable público, como he dicho, el drama es así. Yo no puedo cambiar la historia. Lo único que puedo hacer es entregarles el traidor para que ustedes hagan justicia por sus propias manos.

Y dicho y hecho: arrojó al conde de Maganza entre aquella salvaje multitud, y temblando de ira, quedó á la expectativa.

Se oyó un grito unánime de triunfo.

El fantoche fué arrebatado al vuelo por racimos de manos; en seguida todos se precipitaron sobre él como fieras hambrientas, saltando los bancos, atropellándose, y con extraño é inexplicable ensañamiento le hicieron pedazos

Doña Sabina lloraba de indignación:

—¿Era posible que todo se hubiera conjurado en contra de ella aquella noche?

Jaime contemplaba la escena, cada vez más tranquilo, á medida que la *bestia* se calmaba. Sin tener idea de que aquella gente procediese por un estado anormal de conciencia, ni de lo que pudiera ser una sugestión colectiva, había adivinado el remedio. Sólo con aquel desahogo podía pretender calmarlos. La reacción fué naturalmente cómica. Todos salieron del teatrillo satisfechos, comentando el desastroso fin del conde de Maganza, con las caras más coloradas y risueñas que nunca.

III

El mar estaba sereno y cristalino. Las barcas que abandonaban el puerto, los pescadores que preparaban sus redes, los vapores que se aprontaban para zarpar, todo, en fin, daba á la marina un aspecto de vida y alegría.

La campana de la iglesia del Carmen sonaba con el primer toque para la primera misa.

El sacristán abría las puertas. Un rayo de luz iluminó la nave, dando una entonación alegre á los viejos altares.

Todo parecía sonreir; hasta el viejo Camilo se sentía contento y fuerte como si le hubiesen quitado treinta años de encima.

Se percibía el olor acre de las algas, y algo de vivificador fluctuaba en el aire.

—Ta, ta, ta, ta, ta. Esta mañana no viene nadie—decía el viejo, mientras encendía los cirios y preparaba el altar para la misa. Pero pronto llegaron las comadres, una detrás de otra, y mientras empezaba la misa tuvieron tiempo de cuchichear un rato y desollar á alguien, para mayor gloria de Dios.

Aquella mañana, el tema fué un tal don Antonio, que había muerto la noche anterior sin confesar. ¡La cosa era gravísima!

—¿No sabe, don Camilo, que ha muerto don Antonio sin confesar?

—Ta, ta, ta, ta. ¡Aquél no era un hombre! ¡Estará ardiendo en el infierno!

—¡Jesús, María y José!

Y todas las beatas, haciendo corro al sacristán, entre exclamaciones, signos de cruz y comentarios, desollaron al pobre muerto y á toda la familia.

El monaguillo vino á llamar á don Camilo porque el cura estaba furioso; ya había sonado

el último toque y tenía que empezar la misa.

Camilo se fué á la sacristía y las beatas se esparcieron.

Teresilla entró en la iglesia; caminaba con dificultad, las piernas le flaqueaban, y se dejó caer sin fuerzas en un banco: ¡no podía más! Había pasado la noche por la calle, sola, abandonada. No tenía valor para volver á su casa.

Camilo volvía á cambiar las flores del altar; Teresilla le llamó:

—Quiero confesarme.

—Allí está don Pascual, que despacha pronto y pone poca penitencia. Voy á llamarle.

Teresilla se arrodilló en el confesonario. Un miedo instintivo se apoderaba de ella; quería irse, pero permanecía inmóvil.

—¿Cómo empezaré?—pensaba.—¿Qué diré? ¡Todo! ¡Todo!

Estaba dispuesta á contarlo todo, á reconocerse la mujer más culpable de la tierra, quería hacer la penitencia más cruel para obtener el perdón. Sentía una fe profunda.

El cura llegó al fin, después de una espera que á Teresilla le pareció muy larga.

Apenas entró aquél en el confesonario, volvió el miedo á apoderarse de ella. Hubiera querido huir. Ya era tarde.

El cura, después de arrellanarse en su sillón, sacó del bolsillo un enorme pañuelo, que parecía más bien una colcha de zaraza, se sonó estrepitosamente, y mientras aspiraba un polvo de rapé dijo con su voz de bajo profundo:

—Persígnate, hija mía, y reza el *Confiteor*.

Teresilla obedeció. Fija la mirada en el cura, recordaba con pesar cuánto se había reído, con Francisco, del abultado vientre de aquel sacerdote, que en tal momento era toda su esperanza. Luego, acercándose más, con la voz temblorosa por la emoción, dijo:

—Bendecidme, padre, porque he pecado.

—Bueno, hija. Dime prontito todos tus pecados. Sin miedo, sin ocultar nada.

El cura se sonó nuevamente y se compuso la sotana.

Teresilla se dejó llevar por la confianza más

ilimitada. El olor del incienso y de los cirios, todo aquel ambiente, le producía una especie de sugestión mística; hablaba con fervor, casi automáticamente, contaba las escenas tenidas con la madre hasta el momento de escaparse.

Don Pascual, indiferente al principio, se interesó poco á poco en el relato, y dijo:

—Bueno, hija mía. Cuentámelo todo. No agraves tu conciencia con nuevas culpas, callando ó diciendo mentiras.

Se arrellanó de nuevo en su sillón, y mientras aspiraba su acostumbrado rapé, miraba de soslayo á Teresilla con ojos escudriñadores. Esta siguió su discurso con mayor fervor, sin omitir detalles por insignificantes que fuesen. Una necesidad de expansión y un deseo de contar las sensaciones probadas, se había apoderado de ella con una fiebre delirante. No se daba ya cuenta del sitio en que estaba, de las risitas maliciosas del cura que parecía gozar con su narración; era ajena á todo, en su afán de dar rienda suelta á la amargura que tenía reconcentrada en el alma.

Don Pascual, como viejo médico, experto en llagas, la dejó desahogar; estudiaba á la penitente, que en un momento de extravío tuvo una crisis de llanto; pero pronto se repuso con las palabras hábiles y cariñosas del viejo sacerdote. Este continuó:

—Vamos á lo esencial. Dejemos los detalles inútiles que no tengan relación con tu falta. La bondad de Dios es inagotable. Tú te sentirás tranquila cuando yo te dé la absolución, pero primero necesito saber toda la intensidad de tu pecado. ¿A qué hora te fuiste de tu casa?

—De tardecita, serían las siete.

—¿Dónde te esperaba tu novio? ¿Dónde fuistéis y qué te dijo?

—Me esperaba á la vuelta de casa. De allí nos fuimos á lo largo de la marina; me preguntó si estaba contenta y me tomó del brazo; yo le contesté que sí, que estaba contenta, pero no era cierto; tenía miedo, sentía ímpetus de volver á mi casa, era la primera vez que salía sola... Después de pasear por la marina, fuimos á una casa, subimos muchos escalones; Francisco llamó á una puerta, nos recibió una vieja muy fea... Recuerdo... que sonriendo dijo:—¿Es esta la palomilla?—... Y él... le hizo una seña como para decirla que se callase. Quedamos solos...

—¿Cuánto tiempo?

—Toda la noche.

—Cuéntame cómo fué, qué...

Teresilla prosiguió:

—Yo tenía miedo... Quería escapar y volverme á mi casa, pero...

—¿Pero qué? ¿Por qué no lo hiciste?

—Francisco me decía tantas cosas, que...

—¿Qué te decía?

Teresilla no se daba cuenta de la risita maliciosa del cura.

—No recuerdo; sólo sé que eran cosas que me trastornaban más que el vino que me hacía beber. Luego...

—¿Luego qué? ¡Cuenta!... ¡Cuenta!

—Luego me besaba... Me desnudaba... Yo quería resistir...

—¡Y debiste!

—Sí, pero delante de él se desvanecían to-

das mis energías, me sentía débil..., la emoción no me dejaba ni hablar, así que... le dejé hacer...

—Jem, jem. Y ¿qué te hizo?

El cura se frotaba las manos. No se acordaba ya ni del rapé. Gozaba con aquel relato. Por momentos sentía un ímpetu irresistible de besar á la chica como lo había hecho Francisco. Parecía que de pronto aquella naturaleza reprimida en la juventud con violencia brutal, adormecida ó entorpecida en la vejez, se despertase con una extraña é irresistible sensualidad.

—¡Adelante! ¡Adelante! Precisa decirlo todo, si quieres la absolución.

Teresilla permaneció un momento en silencio. Su pudor se rebelaba. No tenía ya valor para proseguir. El cura insistió:

—Vamos á ver, no tengas vergüenza, estás delante de Dios.

Entonces, venciendo aquel sentimiento, continuó:

—No sé lo que pasó por mí... Lloré, grité, perdí el conocimiento... Estaba loca...

—Ejem, ejem... ¿Y Francisco?

—Me acariciaba... Creo que se reía... Yo después, rendida por tantas emociones, me dormí casi feliz... ¡Pero el despertar fué muy triste! Y prorrumpió en sollozos.

El cura volvió á calmarla con palabras oportunas, y luego le preguntó:

—¿Qué te pasó?

—Por la mañana volvió la mujer que nos había abierto la puerta la noche antes, y dijo á Francisco:—¡Ahora ya estarás harto de tu Teresilla! ¡No creo que pretenderás que yo te la mantenga! De todos modos cumpliste tu capricho y tu venganza.—Luego, dirigiéndose á mí, añadió:—Tú te vas en seguida á tu casa.—Yo no sabía si soñaba ó estaba despierta. Francisco no contestaba. Ella repitió:—¿Has oído? Te vuelves á tu casa.—¿Yo?—le dije.—Sí. Tú. ¿Con quién te crees que hablo?—Yo no puedo volver así. Francisco se tiene que casar conmigo.—Aquella mala mujer se echó á reir groseramente. Yo sentía afluir toda la sangre á la cara, como si me abofeteasen. Ella dijo:—¿Tú te crees que

Francisco se casará contigo? ¿Eres tonta? ¿No entiendes nada? Vete á tu casa y déjanos en paz; vuelve con tu madre.—¿Así?—Y ¿qué tiene de particular? ¿De qué te avergüenzas?—¡Calle! ¡Calle! ¡Dios mío! No volveré más.—Peor para ti.—Francisco, sin decir una palabra y con el mayor disimulo, se había ido. Cuando me dí cuenta, le llamé: ¡Francisco! ¡Francisco! La mujer, poniéndome de un brazo en la escalera, dijo:—Anda, corre, búscalo en la calle. Y cerró la puerta.—Todo el día de ayer y parte de la noche lo pasé por la calle, perdida, sola, sin saber adónde ir, con la certeza de morirme de hambre, porque á mi casa no quiero volver. Cuando me faltaron las fuerzas, me dejé caer en los escalones de la iglesia, y allí dormí hasta que me despertaron las campanas...

Don Pascual había escuchado la historia, interesándose cada vez más.

—¡Pero total no me has contado lo más importante! El modo... ¿Cómo te hizo? Quiero saber cómo te hizo...

Pasada aquella necesidad de desahogo, Teresilla empezaba á darse cuenta de la actitud del cura. Éste ya no podía estarse quieto, y la miraba de una manera extraña, con los ojos inyectados de sangre. Ella sintió un gran desaliento, un movimiento instintivo de repugnancia, y exclamó ruborizada:

—¡Pero padre! Ya le he contado todo.

—Sí, pero hay un punto importante que necesito saber para darte la absolución.

—¡Yo no comprendo!

—¡Muchacha! ¡Muchacha!... Yo te explicaré mejor. Mira...

Teresilla salió de la iglesia con el alma atribulada. ¿Era aquélla la religión? ¿Era allí adonde había ido á buscar su regeneración? ¿Dios podía permitir que sus ministros?... Las lágrimas velaban sus hermosos ojos.

La gente reunida en la iglesia la vió pasar pálida, descompuesta, pero rebelde en su dolor, como reina caída en la miseria.

En la puerta encontró á Camilo con una ciega, mendiga.

Oyó que hablaban de ella, y se paró á escuchar.

—¿La hija de doña Sabina?

—Sí.

—¿Aquella muchacha tan bonita?...

—Sí, sí.

Entonces, avergonzada, trató de evitar ser vista, á pesar de que Camilo no la había reconocido, y pasó adelante, sorbiéndose las lágrimas.

—¡Eh! ¡Teresilla!

Era el limpiabotas que estaba en la esquina de la callejuela donde habitaba ella.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Y tú ¿qué haces?

—Dando vueltas en busca de trabajo.

—Buena suerte.

—Espérate: ¿has tenido algún disgusto?

—Sí.

—¿Adónde vas?

Hizo un gesto de impaciencia, y lo dejó plantado en medio de la calle:

¿Sabía ella acaso adónde ir?

Se pasó el día vagando por las calles, muerta de hambre, abatida, cansada. Le parecía que la gente se paraba á mirarla como para reprocharle su falta. El remordimiento la abrumaba.

Había momentos en que su desaliento era tan grande, que todas las fibras de su cuerpo se insensibilizaban, y los miembros se rehusaban á continuar el camino. Luego, luchando con la desesperación, cobraba valor:—¿Para qué? ¿Para morir?—Tuvo la tentación de tirarse debajo de un tranvía que veía venir hacia ella; pero el tranvía pasó, y se encontró fuera de la vía.

—¿Cómo? ¡Si lo había esperado á pie firme y rezando!...

Entonces tuvo una reacción de energía, y se fué á la marina; allí se sentó á descansar, presenciando el regreso de los pescadores. Luego

emprendió de nuevo su peregrinación por calles y callejones, parándose en todas las vidrieras sin ver nada.

Al obscurecer, sin saber cómo, se encontró en la puerta de su casa. Quiso echar á correr, pero una fuerza ignorada la empujó hacia adentro.

—¿Cómo estaba aquello solo con la puerta abierta? ¿Y la representación? ¿Qué habría sido de sus padres?

Temblando y sollozando desesperadamente, se tiró sobre su cama:

—¡Mamá! ¡Mamá mía!...

Doña Sabina, después de dar la vuelta á toda Málaga en busca de la hija, volvió desalentada á su casa, y al encontrarla abierta, se quedó maravillada; pero pronto se dió cuenta de que era un descuido del marido y lo disculpó:

—¡Pobre hombre! ¡Tampoco él sabe lo que hace!

Se dejó caer en un sillón, cansada, desesperada, con el pensamiento fijo en la hija. Teresilla entre tanto continuaba sollozando, no había oído entrar á la madre. Ésta creyó oir de pronto un rumor, se fijó en la cama, y le pareció entrever en la sombra á su hija, la llamó, dudando si aquello era una alucinación:

—¡Teresilla! ¡Teresilla mía!

—¡Mamá! ¡Mamá de mi alma!... ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Por caridad, perdón!

Doña Sabina tuvo un ímpetu loco de alegría, olvidó en un momento todos los sufrimientos pasados, le parecía que ya estaba todo lejos, muy lejos, y que la hija le faltaba desde hacía muchos años. Se lanzó hacia ella y la estrechó fuertemente contra su pecho:

—¡Mi nena ha vuelto! ¡Mi Teresilla ha vuelto! ¡Gracias! ¡Virgen mía, gracias! ¡Ah! ¡Cómo me has hecho sufrir, hija de mi vida! ¡Y á tu pobre padre!... Yo he corrido todo el pueblo desesperada; él ha ido á la estación, ha recorrido el puerto...

Permanecían abrazadas, llorando juntas en

un abandono inconsciente, sin osar decir una palabra más por miedo á interrumpir aquella calma en que todas las amarguras sufridas y soportadas se adormecían, mecidas por el llanto, como en un ritmo saludable que cicatrizaba las heridas y tendía un velo sobre todo lo pasado.

Jaime, á su vuelta, las encontró en aquella actitud.

—¿Te has decidido á volver?—Ahora que el sentimiento de padre estaba á salvo, se rebelaba en él el sentimiento moral, de esa moral que se complace en colocar la honestidad ó la honradez de la mujer en...

—Sabes que me dan ganas de ahogarte y decirte que eres una...

No pudo terminar, porque doña Sabina le había tapado la boca con la mano:

—¡Anda! ¡Anda! Déjala tranquila, ¡pobre hija!...

—Sí. ¿Y todo lo pasado?...

—No importa. Vete...

—¡Por culpa suya!...

—¡Basta!

—Yo estoy reventado que no puedo más.

—¡Pero calla! ¿No ves en qué estado está esta pobre criatura?

—¿Será por culpa mía?

—De la suerte... ó... ¡del demonio!

—Bueno, ¿no se come esta noche?

—Ve á la fonda; ten paciencia.

Se fué de mala gana, porque quería desahogar la bilis que había tragado. Ellas permanecieron envueltas en la penumbra de la noche. Las casas de enfrente estaban iluminadas, los obreros volvían de su trabajo, las voces se alternaban con ruido de puertas y llantos de muchachos. Doña Sabina dijo á su hija:

—¡Otra vez escucha los consejos de tu madre!

Fué el único reproche. Comprendía que ahora todo era inútil. No quería ni saber lo sucedido, era mejor ignorarlo; sin embargo, no pudo reprimir cierta inquietud, y le preguntó en voz baja:

—¿Y él?

—Me hizo echar á la calle...

No pudo continuar, los sollozos la ahogaron y prorrumpió en un llanto desesperado.

—¿Cómo? ¿Tan pronto? ¿A ti? ¡Ah! ¡Infame! ¡Canalla! ¡Si lo supiera tu padre!

Y acariciándole el cabello, la besaba con mayor entusiasmo.

—Sabía que no te quería bien. Es un ladrón que se hace mantener los vicios por una infame mujer. Ya ves...

Entonces la figura de aquella vieja repugnante, se le apareció á Teresilla como una visión terrible.

—¡Sí; era aquélla! ¡aquélla!

Toda la amargura de las horas pasadas volvió á atormentarla, aun viéndose perdonada y protegida.

—¿Qué tienes?—preguntó doña Sabina.

—Nada. Ha terminado todo... Mira... no lloro más...

—No, hija mía, al contrario, llora si sientes ganas de llorar, te hará bien... si no podrías enfermar...

—Si muriese...

—¡Hija mía, por Dios! ¿Dices eso á tu madre? ¡que te quiere tanto!, ¿otro disgusto mayor?

—Tienes razón. ¡Perdóname!

En la casa, alumbrada solamente por la débil luz que entraba por la puerta de la calle, reinó durante largo rato el mayor silencio; como antes, ninguna de las dos osaba interrumpirlo. La gente continuaba pasando cada vez con mayor prisa. Luego, todos los ruidos se amortiguaron poco á poco, las luces se apagaron una por una, las puertas se cerraron. Una ventana se abrió, y un viejo barbudo se asomó fumando tranquilamente.

Lejos, hacia la marina, se oía una voz fresca y juvenil que entonaba una canción con suaves modulaciones...

Al fin fué completo el silencio.

Teresilla dijo con voz casi imperceptible:

—Mamá, ¿me perdonas?

—¿Cómo, hija mía?—Y la besó en la frente.—¡Dios mío, como quemas! ¡Tienes fiebre!... ¡Virgen mía!... ¡Acuéstate bien, querida! Anda, desnúdate, sé buenita.

La persuadió como si fuese una nena. La ayudó á desnudarse. Cuando Teresilla estuvo en la cama se sentó cerca de ella, y le dijo:

—¡Qué días de infierno hemos pasado!... Dando vueltas por acá y por allá... pensando en tantas cosas... tantas cosas feas... pero al fin... Dios lo ha querido...

Se inclinó sobre ella:

—¿Duermes?

Las sensaciones sufridas la habían aniquilado. Contestó débilmente:

—Tengo sueño.

—Duerme, hija, duerme tranquila.

Cerró mejor la puerta, porque un rayo de la luna penetraba hasta la cama.

—¿Sabes mamá?...

—¿Qué? ¿Has comido?

Teresilla no contestó más, parecía adormecida, sentía un peso extraño sobre la cabeza y una opresión tenía en las sienes y la garganta. Después, con un movimiento inconsciente, se volvió del otro lado.

—¿Quieres algo, hija?

Teresilla no contestó; después de largo silencio, exclamó nerviosamente:

—¡Dios mío, qué largo es este día! ¡No es obscuro! ¡Ah! ¡Mala mujer! ¡No! ¡No! ¡No!

Se sentó en la cama. Los cabellos en desorden, los ojos hundidos, y exageradamente abiertos, le daban un aspecto de loca.

—¡Virgen mía! Delira—exclamó doña Sabina.

—¡No! ¡Bruja fea! ¡No me voy!... ¡Tú dices eso porque eres una vieja miserable... una arrastrada!... ¡Pero Francisco es bueno y me quiere!...

Le parecía que todo daba vueltas sin parar alrededor de ella, en un baile vertiginoso y fantástico. Luego tuvo una explosión de risa convulsa; después un arrebato de cólera. Sus dientes blanquísimos crujían por la contracción de las mandíbulas, como para saltársele en mil pedazos.

—¡Pero hija mía, por Dios, así te haces mal! ¿No ves que estás aquí con mamá?... ¡Fuera malos sueños! El cariño de tu madre te ampara de todo... Mira... querida, mira... ¿No ves á

tu mamá? ¿No me conoces?... ¿Ves como no hay nadie?... ¿No ves que tu madre te ha perdonado todo?... ¿Que te quiere más que antes?... ¡Qué me importan todas las miserias de la vida! ¡Me basta poder besar tus hermosos ojos, que solo por la luz de ellos veo!... ¡Lo demás no vale nada!...

Y la besaba con transporte: había sido necesario que probase la ausencia y el peligro de perder á la hija, para que su sentimiento maternal se despertase con toda intensidad, dejando á un lado preocupaciones y conveniencias. Para ella todo era ya miserias, todo tonterías, todo convenciones, todo mentiras... sólo había una verdad... ¡su cariño!

Teresilla tuvo un momento de reposo; pero un sonido de campanas que llegaba confuso, la hizo volver á su delirio, le pareció encontrarse en la iglesia del Carmen, delante de la raquítica figura del sacristán.

—¿Qué si he hecho la penitencia?... ¿Y no es bastante penitencia la que sufro?... ¿Quieres ponerme otra, viejo feo? ¡Me das asco!...

Y hacía un gesto de repugnancia. Luego se le presentó el limpiabotas.

—¿Tú no sabes adónde voy yo?... ¡Ni yo tampoco!... ¡Quiero morir!... ¡Qué importa que sea joven... mis padres no me llorarán... Francisco menos, porque no me quiere!... ¡Bueno, déjame... no necesito tu compañía... no digas que me has visto... no quiero que lo sepan... por qué!... ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Otro día, otro día!

Su imaginación cabalgaba á rienda suelta por el mundo de lo fantástico, presentando á su mente figuras, ora nuevas, ora conocidas.

Doña Sabina preguntó á su hija:

—¿Quieres beber algo?

—¡El mar! ¡El mar!

Y pasó delante de ella la marina como la había visto cuando se sentó á descansar; con los pescadores que volvían, los canastos llenos de pescados, las mujeres preparando la comida en las barcas, los hombres plegando las velas, doblando las redes; otros, medio ebrios, que ataban la barca á tierra y se iban con los

remos al hombro... Después se encontró en la iglesia del Carmen:

—¡Francisco! Ven corriendo, ¡mira á don Pascual! ¡También él!...

Y se reía convulsivamente; luego sufría una transición:

—¡Ah! ¡Pero si Francisco no está! ¡Si se ha ido, yo no lo sabía, no le he visto irse!... ¡Calla puerco! ¡Me das asco! ¿Es esa tu religión? ¡Si lo supieran! ¿Quieres aprovecharte? ¿Crees que no te entiendo! ¿Y hablas en nombre de Dios?

Doña Sabina, asustada, le preguntó:

—¿Cómo? ¿Cómo? ¡Hija mía, no digas eso! ¡Virgen mía!

—¡No! ¡Lo sé mejor que tú!... ¡Todos me abandonan!...

Doña Sabina, viendo que la hija deliraba, comprendió que era inútil decirle nada más, y permaneció llorando en silencio.

La enfermedad fué terrible. Teresilla pasó dos meses luchando con la muerte; apenas se

pudo levantar de la cama, pensaron llevarla á casa de una de sus tías, para ver si se restablecía del todo. La chica estaba conforme. La madre, mientras preparaba lo que habían de llevar, le decía:

—Verás como allí te repones. ¡Aquel aire y aquel sol!

—Así sea.

—Luego, tía Conchita, verás qué contenta se pone cuando nos vea. ¡Hace tanto tiempo que no vamos! Le daremos una agradable sorpresa. ¿No te parece?

—Sí.

—Si tú quieres, nos vamos mañana.

—Bueno.

—Tomaremos el coche del tío Santos y saldremos por la mañana, bien temprano, antes de la salida del sol...

—Sí, sí.

Así fué; á la mañana siguiente el carricoche salía dando tumbos, llevándose á las viajeras,

arrastrado por un viejo caballo flaco que apenas podía con su pobre carcasa.

—¿Qué nos cuenta de bueno, tío Santos?

—La vida es siempre igual.

—¿No sabe nada de ese inglés que mataron el otro día?

—¡Ya lo creo! Me estremezco aún si me acuerdo...

—¡Qué gente sin alma! Y usted, ¿cómo va?

El cochero hizo un movimiento, como diciendo que lo dejaran tranquilo. Doña Sabina pensó:

—También este tiene su pena—y se calló.

Teresilla tuvo deseo de ver el mar.

—Quiero ver el mar—dijo, y se asomó á la ventanilla del coche, quedándose largo rato absorta en la contemplación de la inmensa sabana azul que se extendía ante sus ojos; luego añadió:

—Hoy me siento mejor. Pero...

—¿Pero qué? ¡Hermosa mía!

—Estoy peor aquí...

—¿Dónde?

—En el corazón.

Doña Sabina suspiró.

—Depende de ti el curarte.

—¿Y cómo?

—Olvidándolo todo.

—¡Si pudiera!—y añadió dulcemente:—Lo deseo.

—Es tu deber.

—¿A cuántos estamos del mes?

—A once.

—Ya ha pasado el día de la Virgen y no nos hemos dado cuenta.

—¿Te acuerdas el año pasado?

—¡Qué fiesta!...

Absorta en un recuerdo, se calló un momento; luego agregó:

—Pronto empezará el mal tiempo...

—¡Aún no! Sólo estamos á once de Septiembre...

Se recostó en el coche y no habló más durante el breve viaje.

Llegaron. Tía Conchita las recibió con sencilla cordialidad. Era una mujerona alta, gruesa, cargada de pulseras y anillos. Las acompañó á una habitación, diciéndoles:

— Por hoy, os contentaréis con estar aquí; apenas se me desocupe alguna habitación del otro lado os cambiaré; porque desde aquellas ventanas se domina el mar.

Doña Sabina aceptó tácitamente.

—Esto es alegre, ¿no es cierto?

—Seguro, y tenemos buena gente.

—¿Quién?

—Un señor francés, que tengo alojado y que es muy alegre.

—¿Joven?

—Sí, joven.

—¿Soltero?

—Soltero.

—¿Buen mozo?

—¡Hermoso como un ángel!

—¿Rico?

—Parece.

—¿En qué se ocupa?

—Escribe.

—¡Ah!

Doña Sabina, después de esta retahila de preguntas á la hermana, preguntó á la hija:

—¿Estás contenta de haber venido?

—Sí.

Pasaron los primeros días. Teresilla se sentía mejor: el día lo pasaban en la playa, ó en barca, en los montes, en borricos. Por la noche hacían su tertulia en la terraza, respirando aquel aire fresco y puro que venía del mar; ora alguna lancha pescadora que pasaba silenciosamente hasta perderse de vista; barcas de veraneantes se deslizaban rompiendo el silencio con los golpes lentos y rítmicos de los remos al hundirse en el agua. De pronto se oía un rumor confuso de voces y guitarras; poco á poco las voces se aclaraban hasta percibirse en toda su intensidad; las notas de las guitarras y bandurrias llegaban claras, precisas, luego languidecían voces y notas y se extinguían á lo lejos gra-

dualmente; la barca con el alegre guitarreo había pasado, dejando tras de sí los rastros luminosos de los remos, bajo la luz rielante de la luna.

Tía Conchita, apenas encontró la oportunidad, dijo al extranjero:

—¡Verá qué linda sobrina tengo!

El francés sonrió.

—¿No lo cree? Ha nacido en Málaga, es un ángel... ¡Más linda que un ángel! ¡La verá, la verá! Por la noche estamos en la terraza.

La curiosidad no reconoce ni sexo, ni nacionalidad, así que aquella misma noche el francés fué á la terraza:

—Bon soir.

Doña Sabina se volvió bruscamente; el timbre de aquella voz le trajo á la memoria las melodiosas notas de tenor que tenía Jaime cuando era joven. Respondió con una inclinación de cabeza.

Tía Conchita dijo:

—¡Adelante! ¡Adelante!—y le acercó una silla.

Ante la terraza unas parejas bailaban sevillanas y tangos al compás de una guitarra. Manos nerviosas y juguetonas rascaban lás cuerdas, arrancándoles sonidos espasmódicos.

El francés se sentó, sonriendo. Teresilla estaba de espalda á la luz; cuando volvió la cabeza, la luna iluminó su cara. Él murmuró: ¡Merveilleuse!—Le pareció una estatua griega.

Permanecieron en silencio, aparentemente distraídos por el baile; pero interiormente cada uno acariciaba ya su sueño de esperanza.

Abajo, las parejas descansaban; pero los músicos continuaban tocando con cierto abandono nostálgico, en que vibraba todo el sentimiento de la ruda poesía popular.

Teresilla interrumpió el silencio:

—Tengo frío.

Y se entró, sentándose al lado de la mesa, donde se puso á juguetear con los flecos del tapete. Detrás de ella entraron todos. Después de breve silencio, preguntó al francés:

—¿Le gusta este país?

Él no entendió.

Tía Conchita hizo de intérprete.

—¡Ah! ¡Beaucoup, beaucoup! ¡Est si joli!...

—¿Y nuestro baile?

—Très gracieux.

Después Teresilla, empujada por la curiosidad, continuó.

—¿Cómo se llama usted?

—Luis Brassée. ¿Y usted?

—Teresilla.

—¡Ah! Teresilla, Teresilla.

Repitió el nombre como queriendo imprimirlo bien en su memoria. Tía Conchita empezó á describir sitios de la ciudad y los alrededores, que él no conocía. El francés se entusiasmaba:

—¡O filles du soleil...

Teresilla no entendía nada. Hizo otra pregunta ingenua:

—¿Qué es usted?

—Je suis poète.

—¡Ah! ¡Poeta! ¿Escribirá usted cosas muy bonitas?

Luis Brassée sonrió.

Quedaron en silencio, después tía Conchita dijo:

—Es hora de irse á la cama. ¡Es tarde!

Los músicos se habían ido; la calle estaba desierta, el mar tranquilo.

Se saludaron y cada uno se retiró á su habitación.

Aquella noche el francés no pudo estarse en la cama, se levantó y salió á la terraza.

Teresilla le oyó pasear y cantar bajo su ventana hasta la madrugada.

...Sur une gondoooole
Viens mon idoooole...

Las notas vibrantes y melodiosas de su voz de tenor llegaban hasta ella, penetrando en lo más hondo de su alma. En medio de aquel silencio, sólo interrumpido por alguna barca ó por gritos de los marineros, aquella voz y aquellas palabras que ella no comprendía adquirían

algo de sobrehumano; experimentaba una sensación nueva, algo que no sabía explicarse, pero que la hacía llorar.

Luis Brassée estaba seriamente enamorado. Pasaba el día en compañía de Teresilla y sólo salía con ella. Tía Conchita se había dado cuenta y le decía á su hermana:

—¡Tu hija será una señora!

Doña Sabina, que entendía la alusión, sonreía, por un lado con íntima complacencia, por otro con indefinible tristeza...

—¡El cielo lo quiera!

—¡Diablo! ¿Por qué no? Una muchacha tan linda..., es un ángel... ¿No te parece que están hechos el uno para el otro? ¡Qué pareja! ¡Yo los veo ya como recién casados!...

—¡Calla, calla! ¡Dios mío!...

Fueron interrumpidos por la llegada de Luis y Teresilla, que venían á sentarse en el acostumbrado puesto de todas las noches.

—Míralos—dijo doña Sabina.

—¿No te digo que han sido hechos el uno para el otro?—respondió tía Conchita.

Ellos hablaban despacio. Luis, que ya sabía algo el español, se daba ya maña para decir á su novia todo cuanto un poeta es capaz de decir á una mujer bonita de la cual esté perdidamente enamorado; eso sí, se encontraba en algunos apuros para explicarse, pero salía de ellos consultando el vocabulario franco-español que no se le caía del bolsillo. Teresilla le escuchaba algo emocionada; era un lenguaje nuevo para ella, y no sabiendo qué decir, se reía de su mala pronunciación; después le preguntaba:

—¿Cuándo te vas?...

—¡Hay mucho tiempo aún!

—¿Cuánto?

—No sé.

—¿No te irás nunca?

—¡Nunca!

La pobrecilla se sentía revivir; todo había cambiado; la llama que la había abrasado, se había extinguido completamente. De su pasado, sólo quedaba una vaga tristeza. Francisco no

existía ya para ella; sólo algunas veces, y sin poderlo remediar, volvía á su memoria aquella noche de Julio.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... No me quería... Le gustaba solamente... ¿Qué hice?... ¿Qué me sucedió?...

Fruncía el entrecejo al recuerdo doloroso y se estremecía al contacto hipotético.

—¿Qué tienes?—le preguntaba Luis cariñosamente.

—Nada.

—¿De veras?

—De veras.

La noche clara y apacible, el perfume de las flores que adornaban la terraza, el suave rumor de las olas, todo contribuía á enervarlos adormeciéndolos en un ensueño inefable. Teresilla temblaba. Luis le estrechaba la mano; ya no tenían palabras...

Permanecían en silencio largo rato envueltos en un ambiente de felicidad. Teresilla hacía de cuando en cuando un movimiento brusco, como para desechar los tristes recuerdos que

venían á turbar su dicha. Pasaban con tenaz insistencia por su memoria todas las imágenes que en ella habían quedado impresas: aquél día memorable, la vieja, la carrera desesperada por calles y callejones, la iglesia del Carmen, el cura, el sacristán, la marina, los pescadores... distinguía perfectamente hasta los nombres de los botes: «Jesús María», «Inmaculada Concepción», «Amalfi», «Rondinella», «La Esperanza», «Santa Lucía»...

—¡Qué noche!... ¡Dios mío! ¡Qué recuerdo!

Un día Luis se fué á Málaga, pero sólo permaneció allí cinco horas.

Doña Sabina le había dado una carta para el marido, donde le informaba de la salud de la hija y le presentaba el francés como futuro yerno, el marido que ella había soñado para su Teresilla...

Luis á su vuelta trajo la contestación de Jaime y se la entregó á doña Sabina.

—¿Lo ha encontrado usted en seguida?

—Sí.

—¿Qué le ha dicho?

—Nada; leyó la carta de usted, contestó y me la entregó... Nada más.

—Es hombre de pocas palabras, discúlpelo.

—¡Oh!

—¿Es viejo, eh?

—No parece.

—¡Pobre! Ha sufrido tanto en la vida...

—¿Sí?

—¡Si usted supiera!... Se ha vuelto viejo antes de tiempo... yo también...

—¿Qué dice papá?—preguntó Teresilla.

Doña Sabina abrió la carta y primero leyó para sí:

«Las mujeres sois unas estúpidas, porque os hacéis ilusiones con cualquier tontería, y cuanto más viejas, sois peores, porque entonces os volvéis hasta...»

Doña Sabina se puso verde; pero se dominó, y mientras rompía la carta con aparente calma, dijo:

—Dice que está bien, que ha tomado un nuevo dependiente, que confía en que te repondrás del todo y que nos espera.

Al mismo tiempo pensaba:

—¿Qué otra cosa puedo decir?

Los días transcurrían veloces como el pensamiento. Las flores empezaban á marchitarse; pero el aire conservaba aún la tibieza de los últimos días del verano y el idilio continuaba en la terraza por la noche, arrullado por el rumor de las olas y las notas de guitarras y canciones, que daban al ambiente cierto misterio, meciendo aquel sueño de dicha en un ritmo incesante y suavísimo.

IV

Luis Brassée fué llamado de París urgentemente, para asuntos importantes de su diario; así, que aquel idilio á la luz de la luna, terminó antes de lo que se imaginaban.

Al alba esperaba el coche á la puerta de tía Conchita; el cochero dormitaba con la pipa en los labios entreabiertos, y el caballo sacudía impaciente su collar de cascabeles.

Un velo finísimo de niebla envolvía todas las cosas, haciéndolas aparecer casi intangibles; las personas parecían esfumarse; todos los objetos adquirían el mismo color y una apariencia fantástica.

Luis se fué triste, desconsolado; antes de partir dijo á Teresilla:

—Volveré el año que viene. ¿Me esperarás?

Ella, bajando la cabeza, respondió:

—¡Quién sabe!

Detrás de la niebla de aquella mañana otoñal, veía desvanecerse el fantasma de su sueño, triste efecto de una halagüeña esperanza.

Doña Sabina también estaba desconsolada. Todos sus castillos aéreos se hundían irremediablemente. Todo había sido una falsa ilusión; había creído tocar la fortuna con las manos, sin darse cuenta de que estaba muy lejos, infinitamente lejos.

—¿Qué decir al marido?

Tía Conchita razonaba más confiada.

—Total, ¿qué es un año de espera si se quieren bien?...

—Si volviese... ¡nada!

—Seguro que vuelve.

—¿Quién lo garantiza?

—El amor...

—¿El amor? ¡Ese pasa!

—Si es verdadero...

—¡También pasa!

—Entonces, si piensas así, pasa todo. Pasan los años y pasa la vida...

Transcurrieron algunos días. Por fin, Teresilla dijo á su madre:

—Volvamos á casa.

—¿En seguida?

—Sí.

Al día siguiente emprendieron el regreso, con el alma llena de recuerdos y de esperanzas para lo futuro. El viaje fué monótono y triste; hicieron el trayecto sin decir una palabra, arrinconadas en el coche, que chirriaba y saltaba sobre las piedras del camino.

Apenas llegaron, las siete hijas de la viuda vinieron á saludarlas.

Hablaban todas juntas, como de costumbre.

—¿Cómo están?

—¡Cuánto tiempo que no las vemos!

—¡Cierto!

—Pareces una rosa.

—Estás más gruesa.

—¡Ah! ¿No saben la novedad?

—Ha muerto don Lucas.

—La otra noche.

—¿Y la otra?

—Doña Carmela ha tenido un hijo.

—Se llama Severino.

—Es rubio.

—Tiene los ojos azules.

—Lo bautizan mañana.

—El padrino viene de fuera.

—Nos han invitado.

—Harán una gran fiesta.

Parecían cotorras, repitiendo maquinalmente las palabras aprendidas de memoria. Besaron á Teresilla con gran entusiasmo, y continuaron:

—Pero, ¡qué bien te has puesto!

—¿No es cierto?

—¡De veras!

—Y ¡qué lindo vestido!

—¿Dónde lo compraste?

—Es un regalo de mi tía.

—¡Es muy bonito!

—A ver, da vuelta.

—Te está como pintado.

—¿Te lo has hecho tú?

—No.

—Lástima que te lo hayan sacado un poco corto.

—Te parece.

—Pero, ¿estás ciega?

—No hagas caso, que te está muy bien.

—¿Y ese anillo? (El que le había regalado Luis.)

—¿También te lo regaló tu tía?

—Sí.

—¿No será de algún pretendiente?...

Sonreían con malicia.

—Y usted, doña Sabina, ¿cómo está?

—Bien.

—Bueno; vámonos, muchachas.

—Saluden á don Jaime.

—¡Tú, á ver si nos visitas alguna vez!

—¡Nos vamos á casa!

—Hasta luego.

—¡Adiós, hermosa!

—Buena fortuna.

Se fueron, después de una porción de saludos y cumplidos, y mientras se encaminaban á su domicilio hacían los comentarios del traje y del anillo de Teresilla.

Jaime, que había oído la charla, esperó á que se retirasen; vino luego al encuentro de la mujer y de la hija, besó á ésta en la frente, y le dijo:

—Confío en que ahora sentarás el juicio.

Doña Sabina le atajó:

—Lo pasado, pasado. No se hable más.

Entraron en la casa.—¡Cuánta novedad!

Y empezaron las preguntas:

—¿Qué es eso?

—Una sorpresa para vosotras.

—¿Y esto?

—De mis ahorros.

Después las condujo á una pequeña habitación que había habilitado y embellecido con un rosal en la ventana qué daba á la calle.

Volvieron á la vida de antes. Doña Sabina á su puesto al ingreso del teatro y Teresilla, con el padre, á manejar los títeres.

Pasaron así muchos días.

Luis escribía desde París que volvería apenas le fuese posible. Decía que quería á Teresilla cada vez más. Recordaba las lindas noches pasadas en la terraza, los cantos, las guitarras, el mar...

Doña Sabina, sentada en su sillón, detrás de su mostrador lustrado de nuevo, seguía fantaseando sobre el presente y el porvenir. Teresilla se casaría con Luis. Se irían de Málaga.

—¿Adónde?

No lo sabía, pero lo cierto es que se irían lejos, muy lejos.

Hacía sus cuentas.

—Tanto, para el ajuar de Teresilla; tanto, para el traje de novia; tanto, para Jaime y para mí; total... Y después, ¡largo!

La interrumpía la llegada de un espectador. Le daba el billete, y continuaba sus cálculos. De nuevo tenía que abandonar la construcción de su castillo para dar alguna entrada.

Por fin, el infalible maestro de baile.

—¿Se puede saludar á doña Sabinita?

—¿Por qué no?

—¿Y ese ángel de Teresilla?

—Está adentro, con el padre.

—Pero usted, ¡cada vez más joven!

—¿De veras?

Y sonreía, satisfecha por los cumplidos del viejo.

—Y usted, ¿cómo está?

—¡Vamos tirando!...

—¿Y sus penas?

—¡Bah!

Una profunda arruga se le marcó en medio de la frente.

—¿Le desagrada recordarlas?

—¡Oh sí, mucho!

—¿Por qué?

—Porque no quiero acordarme, ya le he dicho que lo mejor es no pensar... ¡Ah! ¡No pensar!... ¡Diez y ocho años!...

—¿Quién?

—Mi hija...

—¿Se ha muerto?

—Se suicidó.

—¿Por qué?

—Un amor contrariado.

—¡Dios mío!

—¡Diez y ocho años! ¡Diez y ocho años!

—¿Qué quiere? A esa edad somos locos.

—Sí, sí... Locos... Propiamente locos. Nos empeñamos en que el mundo ha sido creado para nosotros... mientras que somos nosotros los creados para el mundo... pobres instrumentos de un destino... ó víctimas de nuestra propia ignorancia... No quiero pensar... Tenía diez y ocho años... Era una belleza.

Tía Conchita había anunciado su próxima llegada. Estaba algo enferma, y teniendo necesidad de distracción, se proponía pasar algún tiempo en Málaga. Las largas noches de invierno, en la soledad de su casa, le producían un tedio y un miedo indescriptibles. El cielo, de un color gris uniforme, daba al mar un aspecto de tristeza y misterio, y toda la marina entraba en

un sueño nostálgico, bajo la violencia del viento de leveche.

Llegó otra carta de Luis, que decía:

«Confío estar en esa dentro de pocos días...»

Y al día siguiente llegó tía Conchita muy desmejorada, con una tosecita de pecho alarmante. Jaime moviendo la cabeza, decía:

—¡No me gusta esa tos!

Esto había venido á turbar la paz de la familia. Doña Sabina, algo resignada, contestaba:

—Confiemos en Dios...

Y volvía á sus fantasmagorías, esperando impaciente la llegada de Luis.

En este período de tiempo, Teresilla cambió por completo. Francisco la siguió una tarde y continuaba persiguiéndola con insistencia. Ella sintió que algo se despertaba en su corazón con una potencia irresistible. Pensó:

—Sí; me quiere.

Tuvo una extraña alegría, y olvidó de repente á Luis y lo pasado.

Doña Sabina, envuelta en las visiones del porvenir, no sospechaba siquiera que Teresilla

se pasaba largas horas á la ventana, y Francisco en la esquina.

Las vecinas murmuraban y hacían sus comentarios.

Una tarde que Francisco seguía á Teresilla, se decidió á hablarla; ella, temiendo que la vieran, le dió una cita para la media noche debajo de su ventana.

Cuando el teatrucho se cerró, Teresilla fingió irse á dormir, y se encerró en su habitación, que con todo esmero le habían arreglado á su regreso.

Apenas abrió la ventana, oyó una voz:

—¡Teresilla!

—¡Francisco!

—¡Te quiero mucho!

—¡Yo también!

—¿Ves como he vuelto? No puedo vivir sin ti. Sé que he sido malo contigo. Pero ahora...

Bastaron estas palabras para que Teresilla lo perdonase todo.

—¡Ah! ¡Qué bueno es! ¡Pensaba en mí!

Sentía una íntima conmoción, la daban ím-

petus de saltar por la ventana y escaparse otra vez con él, perderse en la noche...

Los juramentos de Francisco hacían renacer en su corazón una esperanza. Quería creer con fe ciega en un porvenir de dicha, de aquella dicha que ella se había imaginado tantas veces, y se abandonaba con extraño delirio á una confianza ilimitada.

Francisco la proponía llevársela otra vez; poco faltaba para que la tentación no la arrastrase con más fuerza y la quitase el poco valor que le quedaba para dominarse; pero la preocupación, la duda, el recuerdo del pasado, la hacían estremecerse, y una angustia mortal se apoderaba de su ánimo.

Francisco insistía, ella permanecía indecisa, como aquél que llega á obtener un bien largo tiempo deseado y duda de su felicidad y no se atreve á gozar de lo que cree un sueño.

La alternativa era emocionante; hubiera deseado huir con él, sin pensar en nada, sin preocupación ninguna, sin miedo del mañana, sin soportar más el suplicio de la lucha cotidiana

para ganarse la vida en aquel teatrucho sin luz y sin aire.

Se decidía; luego retrocedía. Por fin, quiso esperar un día más para decir adiós á los suyos; ver aún á doña Sabina y prodigarle las últimas caricias. Después se lanzaría en brazos del destino á ojos cerrados. Con inexplicable tenacidad se apoderaba de ella el deseo de que llegase el día siguiente; la tentaba lo desconocido, estaba dispuesta á aceptar la lucha por la vida en cualquier forma, bastaba que fuera con él, con su Francisco. Pero cuando éste llegó, se arrepintió, quisiera volver al día anterior... y decidió esperar otro día más para pensarlo mejor.

Por fin encontró otro medio.

—¿Para qué huir? ¡Es inútil, cuando él puede entrar por la ventana!

A la noche siguiente reinaba el mayor silencio en la callejuela. Las luces del alumbrado estaban apagadas, sólo allá en un rincón brillaba una lámpara de aceite delante de una imagen de la Virgen. La obscuridad era casi completa.

Teresilla llamó en voz baja:

—Francisco...

—Teresilla... ¿Vienes?

—¿Yo?

—Sí.

—Tengo miedo.

—¿Por qué?

—No sé... una desgracia...

El quedó pensativo.

Teresilla agregó:

—Entra tú...

—¿Yo?

—Sí.

—¿Y si?...

—No temas.

Francisco, que era ágil, se plantó de un salto en medio de la habitación. Estrechó á su novia entre sus brazos. La voz le temblaba como la otra vez...

—Sentía necesidad de ti.

—¿Cierto?

—No estaría aquí si no fuera...

Teresilla, en un ímpetu loco de ternura, se

abandonó por completo á él. Después, suspirando, le dijo:

—¿Y aquella mujer?

Francisco no respondió.

—¿Por qué me hiciste echar? ¡Qué día!...

Francisco callaba.

—Me echaron como á una... ladrona... ¿No íbamos á casarnos? ¿No me querías?

—Sí, sí te quería.

—¿Entonces?

—No trates de saberlo, si quieres que sea bueno y esté contigo...

Desde ese día, Teresilla no le preguntó nada más, se contentaba con hacerle entrar por la noche en su habitación, permaneciendo unas horas envueltos en el misterio del silencio y la obscuridad.

Una fiebre desenfrenada los poseía con vehemencia espantosa.

Luego venía el día, y la espera para que volviera la noche se hacía eterna.

Pasó algún tiempo; Teresilla continuaba en aquella embriaguez ó locura, nunca satisfecha,

que minaba lentamente su sentido moral, pervirtiéndola y degradándola.

Francisco, por el contrario, harto ya, sólo esperaba un motivo para retirarse.

Mientras tanto, Luis escribía:

«Creía poder ir pronto, y otro asunto imprevisto me obliga á aplazar mi viaje...»

Teresilla no dijo nada, creyó que fuese un pretexto y se alegró. En cambio, doña Sabina sufrió una gran contrariedad; ella, que confiaba en la próxima realización de su sueño, lo veía alejarse de pronto quién sabe hasta cuándo...

Tía Conchita seguía con su tosecita de pecho. Jaime se enojaba consigo mismo y refunfuñaba como un perro viejo.

Pasó el invierno; llegó la primavera, los árboles se vistieron como por encanto, y el sol, gran artífice de la tierra, volvió como un triunfador después de la conquista.

Teresilla había empezado á sufrir momentos de languidez, mareos, náuseas... no se daba cuenta de lo que era aquello.

Por fin sospechó la causa, y una noche se confió á Francisco.

Él, sorprendido por la revelación, escurrió el bulto insinuando la duda de que otro, no él, fuera el causante de lo que ocurría.

Fué tanta la indignación de Teresilla, que no supo qué decir. El creyó que aquel silencio implicaba una confesión, y que había llegado el momento oportuno que esperaba, y después de insultarla y tratarla brutalmente, llevado de su naturaleza impulsiva, desapareció por la ventana, cansado del peligro á que todas las noches se exponía, y de aquella mujer que le quería bien, pero no era lo que él deseaba.

Desde aquella noche de Abril, empezó un martirio horrible para Teresilla. Pasaba las horas sentada delante de su ventana pensando en su situación. Todo había pasado como un sueño; los días de fiebre desenfrenada, la dulce beatitud del deseo satisfecho, la tranquilidad del bien poseído... El despertar no podía ser más triste.

—Un día se sabrá mi vergüenza. No po-

dré negarlo. Me echarán de casa. ¿Y entonces?

Esclava de sus temores y de sus certezas, la dominaba de continuo el pensamiento que tuvo por un momento el día de su primera falta cuando esperó al tranvía á pie firme con la intención de tirarse bajo sus ruedas, librándose, sin darse cuenta, por un movimiento instintivo.

Pero en la fuerza de su dolor, un hilo de esperanza, una nueva ilusión la tenía aún ligada á la vida...

—¡La criatura que debía nacer!... ¿Pero tendré valor?—se lo preguntaba á cada momento.—¡No! ¡Soy demasiado cobarde!... Y no tendré el valor de suicidarme...

Luis continuaba escribiendo.

La última carta que llegó, decía:

«El viernes de la semana entrante llegaré á Málaga acompañando á unos turistas franceses, ingleses y alemanes, estaremos cuatro días ahí, luego iremos á Sevilla, y cuando los amigos regresen á París, volveré solo á Málaga.»

Doña Sabina creyó enloquecer de alegría. Tía Conchita recibió, al enterarse, tan fuerte impresión, que tuvo un fuerte acceso de tos. Jaime se puso á refunfuñar, enojándose consigo mismo. En cuanto á Teresilla, sintió afluir toda la sangre á la cabeza, y pensó:

—¡Si lo supiera Francisco!

Desde ese momento se redobló su angustia.

—Dentro de pocos meses empezará una nueva vida para mí: ¡seré madre!... ¡Madre! Y ¿quién me reconocerá por tal? ¿Quién reconocerá á mi hijo? ¡Será un hijo de!... ¡Dios mío! ¡No! ¡Antes la muerte!

Después abría el alma á la esperanza, y pensaba:

—Iré á buscar á Francisco... le suplicaré... Si bien es cierto que es brutal, en el fondo es bueno. Le suplicaré y le lloraré tanto, que no sabrá resistir á mis súplicas. Pero ahora es preciso que espere á que se vaya Luis y no se dé cuenta; debo ponerle buena cara. ¡Dios mío, dame fuerzas!...

En aquella espera dolorosa se sentía desfalle-

cer poco á poco; la gestación le producía una extraordinaria debilidad; los mareos eran más insistentes; caminaba apoyándose en las paredes para no caer; cerraba los ojos, y el fantasma del futuro la hacía estremecerse.

Al fin, llegó Luis, lleno de regalos, promesas y esperanzas.

Pasó los cuatro días anunciados en Málaga, y partió para Sevilla con los turistas. Una duda llevaba clavada en el corazón: Teresilla, á pesar de sus esfuerzos, había estado fría, casi indiferente, y él se había dado, al fin, cuenta de que algo sucedía. Ella se sentía morir de desesperación y se ahogaba bajo su careta hipócrita.

Doña Sabina y tía Conchita eran las únicas satisfechas.

Teresilla cayó en una espantosa apatía; aquella naturaleza joven y ardiente se hizo insensible á todo; fija en una idea, ningún incidente de la vida íntima lograba sacarla de su preocupación. Creía estar sola, no tenía confianza en nadie; los que la rodeaban eran enemigos que

querían su ruina; tenía miedo hasta de doña Sabina, y no se atrevía á confesarle nada. Frecuentemente acudían á su memoria los hermosos tiempos de la niñez, todas las satisfacciones pasadas; pero pronto se alejaban estos gratos recuerdos, para dominar sólo la idea fija que la poseía.

—Pronto seré madre...—pensaba;—Luis volverá... ¡Yo no puedo ya más! Debo confesarle lo que pasa... Pero antes debo ver á Francisco; no puede dejarme así. ¿Y si no hiciera caso de mis ruegos?...

Y trataba de darse á sí misma alguna esperanza para conservar un poco de energía. Resolvió ir en su busca.

El primer día no dió con él ni con la casa de aquella vieja, adonde fueron la noche fatal. Al cabo de idas, vueltas y preguntas, supo que parte del día lo pasaba en un café entre mujeres de mala vida; firme en su propósito, nada podía detenerla; así, que una tarde se fué al sitio indicado, se asomó á la puerta del café, le vió y le llamó con voz débil:

—¡Francisco!

Él, que estaba jugando á las cartas con unas mujeres, se volvió bruscamente, la reconoció y salió á la puerta.

—¿Qué quieres? Pronto; no tengo tiempo que perder contigo.

—Francisco... por caridad... mira el estado en que estoy...

—¿Qué me cuentas á mí?

—Si la criatura es tuya... tuya... Yo no puedo seguir así... Te tienes que casar conmigo... Me lo has prometido y jurado muchas veces... Ahora...

Él, sonriendo, le dijo:

—Tienes razón. Te lo he prometido; pero ciertas cosas se prometen solamente; no se hacen.

—¡Ah! ¿no?

—No. ¡Si yo fuera á casarme con todas las mujeres á quienes se lo he prometido!...

Ella se había quedado sin poder articular una palabra.

Él agregó:

—¿Era eso lo que querías? ¡Pues ya te puedes ir y dejarme en paz!...

Y volviéndole la espalda, entró á sentarse otra vez entre las mujeres, que reían, comentando la escena.

Teresilla comprendía que todo era inútil, que no debía esperar ya nada; pero tuvo fuerzas para dominarse, y se fué con la idea de volver á insistir antes de tomar una resolución suprema.

Doña Sabina comenzaba á desconfiar de las continuas salidas de la hija; aquella tarde la vió llegar pálida, desencajada como una muerta, y tuvo la intuición de que algo sucedía; pero en aquel momento, una carta de Luis, anunciando su próxima llegada, la distrajo y se entregó con más entusiasmo á sus proyectos.

Teresilla procuraba rehuir las miradas de la madre; comprendía que de un momento á otro iban á sospechar lo que la ocurría. Al fin, resolvió terminar pronto, en cualquier forma.

Al día siguiente fué otra vez á ver á Fran-

cisco, resuelta á todo... Le encontró en el mismo sitio y con las mismas mujeres. Le llamó decidida; él se levantó enojado.

—Pero ¿qué pretendes?—le preguntó éste.

—Que no puedes dejarme así...

—Y ¿qué quieres? ¿Que me case contigo? ¡Estás loca!

—¿No?

Las mujeres llamaban á Francisco en voz baja. Teresilla no pudo dominar el llanto. Él, cada vez más irritado, le dijo:

—Es hora de acabar. Vete por donde has venido. Déjame en paz... ¡Mira que si no entiendes razones, te las voy á hacer entender yo!...

El bruto se despertaba.

—¿Me vas á dejar morir?

—¡Revienta si quieres, pero déjame en paz!

—¡Ah, no! ¡Debo vivir, quiero vivir!

—¡Pero vete!...

Teresilla se sentía dominada por la desesperación; el instinto de madre, la idea de su vergüenza la dominaban, originando en ella transportes de locura para caer luego en el mayor desconcierto.

—Mira que soy capaz de todo, que vengo resuelta á todo...

Francisco se reía irónicamente de su cólera.

Dos de aquellas mujeres se levantaron, le cogieron del brazo y se lo llevaron á la mesa donde estaban las otras, diciéndole:

—¡Déjala estar!

—¡No! ¡No! No quedará ésto así—gritaba Teresilla.

Francisco vino hacia ella enfurecido:

—Vete... Es mejor... No insistas sino...

Hizo un gesto de amenaza.

Teresilla perdió la razón, no sabía ya lo que decía; tan pronto suplicaba y lloraba, como agredía y amenazaba. Los nervios, en tensión, la hacían vibrar, temblar como una cuerda herida.

Él tuvo miedo, se dió cuenta de que su amante estaba fuera de sí, y que podía ser capaz de todo.

—¡Quién sabe!—pensó.—¡Mejor es que me vaya por si acaso!...

La rechazó de un fuerte empujón, que la hizo caer al suelo, y se alejó, perdiéndose pronto de vista.

—¡Canalla! ¡Miserable! ¡Soy madre!

Una de las mujeres que había asistido á la escena, levantó conmovida á Teresilla, la condujo adentro del café, cerró la puerta para evitar los curiosos, la hizo sentarse y beber algo, y después la acompañó hasta la esquina, aconsejándola se retirase y no volviera más.

Teresilla vagaba indecisa, sin saber si irse á su casa ó no.

—¡Sería mejor morir; así se acabaría de una vez!

Pero le faltaba decisión para matarse. Andando maquinalmente, se encontró, sin darse cuenta, en la puerta de su casa; como no vió á nadie en ella, aprovechó el momento para entrar y encerrarse en su habitación sin que la vieran; allí se abandonó en una crisis de llanto.

Más tarde, en la duda de si habría vuelto, la llamaron, ella dijo que se sentía mal, que le dolía la cabeza y quería descansar y que les suplicaba la dejasen sola.

Doña Sabina quiso ser prudente; pero la duda del día anterior la asaltó de nuevo.

—Era indudable, algo sucedía. ¿Qué podría ser? Ella lo averiguaría.

Pasaron tres días. Doña Sabina, entre ilusiones y dudas; Teresilla, enferma en cama; Jaime, siempre enojado consigo mismo, y tía Conchita, algo mejorada y resuelta á irse á su casa dentro de poco.

Llegó Luis como tenía anunciado. Estaba impaciente por saber á qué obedecía el cambio de Teresilla. Ésta le esperaba resuelta á terminar cuanto antes aquella comedia, de que era protagonista.

La ocasión se presentó para ambos.

Una tardecita paseaban Teresilla y Luis por la marina. Detrás venían doña Sabina y tía Conchita.

La tarde estaba encantadora; el cielo claro; una brisa tibia y suave había reemplazado las borrascas del invierno; toda la marina se des-

pertaba como de una pesadilla dolorosa; de nuevo volvían los pescadores con sus canastos llenos de pescados y se veían atracadas á los muelles barcas cargadas de naranjas y limones; todo se vivificaba bajo los ardientes rayos del sol.

Luis decía á Teresilla:

—Es necesario que me hables con franqueza, yo veo tu cambio y tengo derecho á saber á qué obedece.

—Sí; yo también deseo serte franca, no puedo engañarte. Esto no puede durar, yo no puedo ser tu mujer.

—¿Cómo?

Se había puesto pálido.

—Sería demasiado infame que te engañase... He sido de otro hombre... No puedo ser tuya...

—¿Tú?

Ante aquella dolorosa revelación, se estremeció él como sacudido por una potente corriente eléctrica. Murmuró algunas palabras en francés, y agregó:

—No me importa...

—¡Ah! Pero yo no quiero. ¡Debes irte en seguida!

Le temblaba la voz.

—Sabía que iba á darte un gran disgusto. ¿Pero que quieres? ¡Debía ser así!... El destino... ¡Debes irte!...

—¿Así?... ¿En seguida?...

—Sí; en seguida.

Y después de un corto silencio agregó:

—No des á entender nada á mis padres. Nos acompañas á casa como si no te hubiera dicho nada.

Luis no podía hablar. Se sentía débil, desgraciado, infeliz, sin fuerzas para reaccionar. Era su modo de ser; estaba dispuesto siempre á creerse un pigmeo perdido en la batalla de la vida; no osaba levantar la cabeza ante los golpes de la desventura, y quedó abatido, como tronco herido por el rayo.

Teresilla murmuró:

—Hubiera sido mejor que no nos hubiésemos conocido. Somos dos desgraciados.

—Sí; ha sido un mal.

—Hubiéramos sufrido menos.

Entonces Luis sintió un arrebato de cólera.

—¿Quién es el otro?... ¿Callas? Debes contestar; me lo debes decir, si no...

—Si me amenazas no te digo nada.

Se acorazaba detrás del escudo impenetrable de su debilidad y su falso derecho.

—No. ¡Debes hablar! ¡Lo quiero!...

Y le oprimía el brazo con toda su fuerza.

—¡Ah!... Me haces daño.

—¡Dímelo!

—No.

—Mira, que se lo cuento todo á tu madre...

Teresilla tuvo miedo; le clavó la mirada como una loca, y le dijo:

—No. ¡No le dirás nada! ¡No debes decirle nada!... ¡Yo no quiero que sepa nada!... ¿Lo entiendes?

—Pues dime, ¿quién es?

—No le conoces; además, ¿qué te importa de él?

—Lo quiero saber, tengo derecho.

—Es inútil.

La rabia de Luis se había calmado; una vez más era dominado por su propia debilidad. Llegaron en silencio á la puerta de la casa, y se despidió. Doña Sabina le preguntó:

—¿Cómo, no entra?

—Otro momento—respondió Luis.

Doña Sabina y tía Conchita entraron, y Teresilla se quedó en la puerta.

—Entonces, adiós...

—Adiós.

—¿Lo quieres así?

—Lo quiero.

Pero en la renuncia suprema, se sintió ahogar por las lágrimas, él se dió cuenta é insistió:

—Teresilla, piénsalo mejor, mira que nada me importa, que estoy resuelto á todo, no me contestes esta noche definitivamente, reflexiona primero...

La pobrecilla se ahogaba, no podía más... Le estrechó la mano, y murmuró:

—Hay un solo remedio; hasta mañana.

Y se entró corriendo.

Luis se fué al hotel, triste y abatido. Las sombras de la noche envolvían todo con lúgubre misterio...

V

Pasaron algunos años.

Juan—aquel joven rubio á quien doña Sabina rogó que buscase á Teresilla la noche en que ésta se escapó con Francisco—estaba embarcado en el bergantín *Inmaculada Concepción*. Hacía el viaje de Málaga, Almería y viceversa.

Se había desarrollado de un modo extraordinario; era un hombretón alto y robusto como un atleta.

Cada vez que salía de viaje, doña Sabina le acompañaba hasta el puerto:

—¡Si encontraras á esa pobre Teresilla!...

Juan contestaba imperturbablemente:

—Está en las manos de Dios.

Se saludaban, y doña Sabina permanecía allí, hasta perder de vista el buque, después regresaba á su casa pensativa como siempre.

La última vez, Juan se fué con el pensamiento fijo en Teresilla, y con cierta esperanza de encontrarla en aquel viaje, había oído una conversación, entre marineros, de un cierto don Cardillo... en Almería... y se dijo:

—No sé por qué me parece, que se referían... ¡Basta! Si Dios quiere la encontraré, por lo menos podré decirle á mi regreso algo á la pobre doña Sabina.

Apenas entró el buque en el puerto de Almería, Juan bajó á tierra con sus compañeros.

—¡Traer el acordeón, eh!...

Lloviznaba.

—¿Adónde vamos?

—A casa de don Cardillo—dijo Juan, y se entraron por un callejón tan estrecho y obscuro, que tenían que andar á saltos y de uno en uno.

—Hace fresco esta noche.

—¡Eh! Constantino, ¿dónde vas?

—¡Maldita sea!...

—¡Tío Pepe, cante!

Él y el acordeón, empezaron á desafinar:

Asómate á la ventana
cara de poca vergüenza...

Algunos vecinos se asomaban á la puerta renegando de los perturbadores.

Un perro ladraba.

—¿No es aquí la hostería de don Cardillo?

—No. Más arriba.

—¿Hacia qué parte?

—Hacia aquel lado.

—¡Vira á babor!

—¡Avante, muchachos!

Constantino cantaba:

Soy marinero...

Otro agregaba:

de corazón...

Por fin, se pararon delante de una puerta baja, iluminada débilmente.

—¿Es aquí?

—¡Sí, aquí es!

—¡Sí, largar anclas!

Empujaron la puerta de vidrio y entraron de uno en uno en el establecimiento, mezcla de taberna y mancebía:

—Buenas noches, jóvenes.

—Buenas noches, muchachas.

—¿Qué se hace, se baila?

—Y se toca.

Alrededor, sentadas en sillas, estaban las mujeres, esperando adventicios. En una mesa, al fondo del salón, un marinero hablaba con una hermosa mujer trigueña de grandes ojos negros.

El tío Pepe preguntó á don Cardillo, guiñándole un ojo:

—¿Una nueva?

Aquél dijo que sí con una inclinación de cabeza. Uno se puso á tocar el acordeón. Las mujeres se levantaron todas, como obedeciendo á una llamada:

—¿Se baila, chiquillos?

—Y se toca—repitió Constantino.

Las parejas comenzaron un baile vertiginoso y desenfrenado:

—¿Tú también has vuelto?

—¡Diablo!

Y se llenaban de groseros cumplidos, con risas forzadas.

Una mujer baja, picada de viruelas, se dirigió á Juan:

—¿No bailas?

—No.

—Ven conmigo.

—No.

—Paga entonces algo de beber.

Y se sentó á su lado.

—¿Cómo te llamas?

—Juan. ¿Y tú?

—Rosa.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—Seis meses.

—¿Por qué?

—Por... que...—y se puso á canturrear:

El querer es mi cadena...
el querer es mi cadena...

—¿Pero tú que tienes, hombre?

—Nada.

—Parece que asistes á un funeral...

—Oye, me han dicho que hay aquí una muchacha nueva.

—Sí.

—¿Sabes cómo se llama?

—Estrella.

—¿De dónde es?

—Es de Málaga, pero creo que ha venido de Francia, no sé de qué punto.

—¿Estás segura de que es malagueña?

—Eso creo. ¿La quieres ver?

—¿Dónde está?

Le mostró la mujer que estaba en la mesa con el marinero.

Juan, frunciendo el entrecejo, hizo un ligero examen de los dos. Él, un viejo lobo de mar, pequeño, con ojos imperceptibles, que cuando se reía desaparecían por completo en la profundidad de sus órbitas; cabello y barba blanca,

descuidada, manos gruesas, callosas y peludas.

A ella, apenas la pudo ver; sin embargo, la reconoció en seguida. Tuvo un sobresalto y se preguntó:

—No puede ser. ¿Sería posible que hubiese llegado á ese extremo?... No será ella, me habré equivocado.

—¡Da cuatro saltos, Juan!—gritó el tío Pepe pasando de un vuelo, llevado por la furia del baile.

—¡Anda!—gritó Constantino.

A poco, el marinero que estaba con la morena, se fué balanceándose pesadamente.

Rosa la llamó:

—¡Estrella!

—¿Qué quieres?

—Ven aquí.

—No había reconocido á Juan y se acercó.

—¿Qué quieres?

—Aquí tienes un paisano.

—¿De Málaga?

—Cierto—contestó Juan, mirándola fijamente; ella, ante la mirada penetrante de Juan, tuvo

un momento de confusión y de angustiosa ansiedad.

—Ven aquí—le dijo él.

—¿Qué quieres?

—Siéntate.

Se sentó cerca de él, y Rosa los dejó solos.

—Teresilla—dijo entonces Juan.

—¿Me conoces?

—¡Y cómo no! Yo soy Juan.

—¿Tú?

Hizo un esfuerzo para traer á su imaginación la figura de aquel hombre conocido, que había olvidado en la furia con que atravesaba el camino de la vida.

—Ah, sí; me acuerdo. ¿Eres tú? ¿Propiamente tú? ¡Dios mío cómo has cambiado!

Luego de breve pausa agregó:

—Yo también, ¿no es cierto?

—¡Tanto!

—¿Sí? ¿Me encuentras muy cambiada?

—Mucho.

—¿Qué quieres? He sufrido mucho... y hago una vida...

—¿Por qué te escapaste de tu casa? ¿Con quién te fuiste?

—¿No lo sabes?

—No.

—¿Es posible?

—Te digo que no.

—Me fuí con un francés. ¿No te ha contado mi madre?

—Sí, de que un poeta francés te quería... Algo así le he oído decir...

—Pues bien, con él me fuí.

—Pero ¿por qué razón?

—Porque era madre... y no quería que en casa se supiera nada.

—¿Madre tú?

—Yo.

—¿Y la criatura?

—De Francisco.

—¿Dónde la tienes?

—Murió.

—No te creo.

Sin saber por qué, se sintió profundamente

turbado; en su conciencia simple de hombre bueno nació una terrible duda.

—¿Qué crees?

—Que lo habrás...

—¡Oh! ¿Por qué me acusas sin saber?... Te digo que murió.

Juan guardó silencio.

—¿Cómo has podido suponer una cosa semejante? ¡Ah! Mientras él vivió era yo feliz... Después... lo seguí siendo por algún tiempo, pero... era inútil, estaba escrito... este debía ser mi destino...

No tuvo valor de preguntar por sus padres, y después dijo:

—Don Cardillo, ¡traiga algo de beber, el paisano paga!

Para ahogar la vergüenza quería beber hasta embriagarse.

Juan le dijo:

—Teresilla, cada vez que salgo de Málaga tu madre me acompaña hasta el puerto, y siempre me repite:

—¡Si encontraras á esa pobre Teresilla!

—¿Sí? Dime, dime; háblame de ella.

Se sintió libre de un peso enorme que la oprimía; quería saber, y no se atrevía á preguntar. Escuchaba á Juan bebiendo las palabras que le decía. Sentía cierta alegría y tranquilidad, ahora que se veía libre para poder hablar de su vida pasada y de su familia; por momentos tenía deseos de llorar, pero no podía, no sabía ya; había vertido tantas lágrimas en su vida, que parecía haberlas agotado; convencida de que la vida era una continua mentira, no lloró más y se dejó llevar por la rueda de su destino fatal.

Juan, después de hablarle de sus padres, añadió:

—Yo también he sufrido muchos disgustos. ¿Sabes? Se murió mi pobre madre, estoy solo, solo.

—¡Ah, Juan, cómo me repugna la vida! ¡Hace ya dos años que bajé el último escalón! ¡Qué asco! Estoy como atontada, apenas entiendo lo que hablan á mi alrededor, sigo la

orriente como una idiota, como una máquina...
ólo... en ciertos momentos... cuando..

Se sintió sofocada por la angustia, y encon-
ró al fin las lágrimas perdidas en la amargura
desesperación de sus terribles días.

Juan estaba profundamente emocionado.

Constantino los interpeló:

—En vez de bailar... ¿eh?

El tío Pepe pasó de nuevo dando vueltas á
compás del vals.

—¡Vamos, Juan!

—Te doy asco—dijo Teresilla. ¿No es cier-
o? Dímelo...

Una gran compasión se apoderaba de él al
ecuerdo de aquellos tiempos en que Teresilla
vivía en Málaga. Contestó:

—¡Dios mío! ¡A qué estado te veo reducida!

—¿Qué? ¿Lloras?—dijo Rosa, que se acerca-
ba del brazo de Salvador.

—¡Tienes tú, querida, cada antojo! Si sigues
así, te vas pronto al otro mundo.

—Déjame estar.

Se fué del brazo del marinero. Las otras mu-

jeres bailaban. La sala estaba llena de humo.

De cuando en cuando, alguno, medio borra-
cho, daba un grito ronco, y desaparecía por la
trastienda con su elegida; luego volvía, tamba-
leándose, del brazo de la mujer y seguían bai-
lando.

—¡En que situación me veo!—añadió la in-
feliz.—¡Hubiera sido mejor matarme! ¡Pero
siempre me faltó el valor!... ¿No bebes otro
poco de vino?

—No, gracias. Me hace daño.

Quedaron un rato en silencio; de pronto
dijo Teresilla:

—Escucha. Cuando regreses á Málaga, irás
á ver á mi madre, y le dices que estoy bien y
que me perdone.

Se puso á llorar convulsivamente:

—No, no. Es mejor no decirle nada.

Juan se sentía ahogado por las lágrimas; ha-
cía supremos esfuerzos para dominarse.

—¡No llores, por favor!—dijo á Teresilla

—Déjame desahogar.

—Me haces sufrir...

—¡Ah! ¡Si me hubiese muerto!

—No digas eso.

—¡Oh, sí, sí! ¡Era mejor!

—Pero ¿cómo has podido llegar á este extremo?

—¿Quieres saberlo? ¿Cómo explicarlo? ¿Lo sé yo acaso? ¿Qué podía hacer en aquella situación? Tenía poco que elegir. Entre esperar á que se descubriera mi estado y pasar la vergüenza de verme echada á la calle ó morir... prefería morir... Pero me faltó valor para suicidarme... Luis me ofrecía una vida feliz á su lado... Tomé al fin una resolución; acepté á condición de irnos sin que en mi casa supieran nada. ¡Y adiós familia, casa, adiós Málaga, adiós todo!... ¡Fuí libre! ¡Ah! ¡Cómo abruman al alma esas despedidas en silencio!... Y allí me tienes en París. La nueva vida me envolvía, no me dejaba ni pensar. Me encontraba atontada, mareada. Parecía que aquel mundo no era el mío y, sin embargo, veía que formaba parte de él. Las luces y el lujo me deslumbraban, el ruido me aturdía, me parecía que soñaba... Los primeros tiempos pasaron así... Nació mi hijo, y empezaron para mí días felices... ¡Ah, tú no puedes figurarte lo que significa el ser madre! Después mi hijo murió; sólo pude gozar de esa dicha diez meses...

Se quedó un momento con la vista fija en la mesa, dejando correr las lágrimas en silencio; luego continuó:

—Luis me colmaba de ternuras; parece mentira, pero es así, un hombre quiere más á una amante que á la propia mujer. El derecho y el deber son cosas que á todo el mundo fastidian. Tenía todo lo que quería. Era joven; todo se inclinaba y se doblaba ante mi voluntad. ¿Qué más podía desear? No. Todo aquello no bastaba. Créeme. Sufría y lloraba continuamente, hasta aburrir á Luis. No lo podía remediar. ¿Qué me faltaba? No lo sé. Un día sentí deseos de huir, aunque fuese al infierno, pero lejos. La felicidad me fastidiaba, el cariño me empachaba... La vida que me rodeaba era para mí como un vestido muy estrecho, que me sofocase. No podía fingir lo que no sentía... y,

era natural, un día me vi sola, abandonada... Luché contra el destino, y el destino me envolvió. Luché con mi conciencia, y ella misma me traicionó. Cuanto más trataba de levantarme, más me empujaba el mundo al precipicio. Probé todos los oficios. Me dijeron que era incapaz, pero que era bonita... ¿Entonces?... Si quería trabajo... permanecer en una casa, aunque fuese como sirvienta... ¿Comprendes?... Entonces... entonces... servir... trabajar... y...

Comenzó á reir amargamente, crispando los dedos, como si quisiera arrancarse el alma con las uñas.

—Luego, empujada, empiezas á bajar, nadie te detiene, nadie te compadece, y es inevitable, hay que llegar hasta el fin. Aquí tienes el por qué de este estado. Mi hijo murió. Yo soy una sombra que anda. No tengo ya sentimiento de nada. La bestia que duerme en cada sér, es la única que vive despierta en mí... El día que esté cansada, sé lo que me queda; si el hospital no quiere recogerme antes... Ya ves, soy un pobre sér desgraciado que no merece

más que el desprecio; todo el mundo tiene derecho á insultarme, á dudar de mí; tú mismo, hace un rato, me has creído hasta criminal... no podías creer que se hubiera muerto mi hijo.

—Sí, sí; lo creo.

—¿Lo dices por compasión?

—No. Te juro que te creo. ¡Ah, mundo!

Juan había quedado preocupado con el relato de Teresilla. Por su imaginación cruzaba todo un problema social, que en vano se hubiera esforzado en descifrar. Después de largo silencio, dijo:

—¿Por qué no volviste á tu casa cuando te encontraste sola? Tu pobre madre te hubiera recibido y perdonado.

—¿Qué quieres? ¿Con qué cara me presentaba? ¿Y mi padre? Me faltó energía para volver á mi casa y para suicidarme. Hoy para esto último me siento más valiente.

—No digas eso; todo se remedia.

—No; lo que es esto ya no tiene remedio.

—¿Por qué?

—¡Está todo perdido!

—¡Es una locura la tuya!

—Sí; será una locura... Tienes razón... Pero ¿crees muy fácil que yo pueda salir de aquí?

—Y ¿por qué no?

—¡Por tantas razones!...

Y cambió la conversación, arriesgando una pregunta:

—¿Sabes algo de Francisco?

—Está en presidio.

—¿Por qué?

—Mató á la Luisa.

Se estremeció al recuerdo de aquella mujer, causa principal de sus desdichas, y tuvo una íntima satisfacción al verse vengada. Después, reflexionando mejor, dijo:

—¿De qué me sirve? Es demasiado tarde.

Permanecieron hasta el alba, contándose sus penas mutuamente, cogidos de la mano.

Seguía lloviznando; el agua fina y continuada había formado en la calle un espeso barro. Al través de los vidrios de la puerta entraba una luz opaca, indecisa. Las lámparas de petróleo se apagaban, y la sala quedaba envuelta en una

semiobscuridad. Don Cardillo dormía sentado detrás de su mostrador, con la cabeza entre las manos. Las mujeres, cansadas de la noche de orgía, se abandonaban sobre los divanes. Un olor acre y sofocante flotaba en la estancia.

—Es hora de irse—dijo el tío Pepe.

—¿Ya?—preguntó Juan.

—Sí; á las cinco se empieza á cargar.

Todos se levantaron; Salvador no podía mantenerse derecho, y tuvieron que sostenerlo por los brazos.

—Buenos días, muchachas, y ¡buena suerte!

—¡Buenos días!

Las mujeres los acompañaron hasta la puerta.

Salieron todos, muertos de sueño y medio ebrios.

—Vente conmigo—dijo Juan á Teresilla.

—¿Adónde?—preguntó ella maravillada.

—A Málaga.

—¡Dios lo quisiera!

—Vente—insistió él.

—¡Si fuera posible!

—Todo es posible. Aquí te pierdes...